



FBI

**LEWIS
HAROC**

SOL SANGRIENTO

LEWIS HAROC

SOL SANGRIENTO



Título del original en inglés:

DEATH IN THE SUN

EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1961

DERECHOS RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID

Núm. Rgtro. 403—61

Depósito Legal M. 5932-1961

Gráficas Ibarrondo.—Madrid

I

L

AS sombras envolvían la carretera de Argel a Cherchel. Las nubes ocultaban una luna triste y desvaída, en cuarto menguante; que se mostraba impotente para alumbrar la tierra.

Tal vez por esta circunstancia, el hombre que avanzaba por la carretera había elegido aquella noche para llevar a cabo sus propósitos.

Montaba una «scooter», marca Vespa, que se deslizaba por el asfalto con un leve rumor, sin que el hombre que la conducía hiciese nada por aumentar la velocidad.

Al fin se encontró en el centro de la abierta curva con que la carretera iniciaba el descenso hacia el valle de Cherchel. Conocía bien la carretera y apagó el motor de la máquina.

Allí comenzaba la pendiente, de suave declive, que llevaba hacia el valle. A la derecha pudo entrever algunas luces, más allá de las cuales la débil luz de la luna fosforecía en las aguas mediterráneas, cuando lograba asomar el rostro por entre las nubes.

La Vespa se deslizó silenciosamente por la pendiente. A lo lejos, frente al individuo que la conducía, brillaron los faros de un automóvil.

El hombre no tuvo un solo segundo de vacilación. Apartóse a un lado de la carretera y aplicó los frenos. Cuando la Vespa se detuvo, se apeó de ella y la sacó de la carretera, ocultándose con la moto detrás de unos arbustos.

Poco después los faros del automóvil resbalaron sobre su improvisado escondite y el vehículo pasó de largo a gran velocidad.

El hombre volvió a sacar la Vespa a la carretera, ocupó el sillín y la dejó deslizarse por la pendiente.

Era evidente que no deseaba ser visto. Sus ojos se posaban con insistencia en el lado izquierdo de la carretera, como si esperase descubrir algo, y pocos minutos después, cuando ya la pendiente tocaba a su fin, aplicó de nuevo los frenos.

A la izquierda de la carretera se abría un camino estrecho con el piso de tierra. Junto a él no se alzaba indicador alguno que señalase su destino, pero el furtivo individuo parecía estar bien seguro del terreno que pisaba.

En la entrada del camino vaciló unos segundos, y al fin optó por apearse nuevamente de la Vespa, empujándola hacia un lado de aquél.

A corta distancia del camino se alzaba un grupo de rocas, cuya base estaba rodeada de arbustos. El hombre condujo la motocicleta hasta aquel punto, ocultándola entre los matorrales, y salió de nuevo a la carretera.

Miró ante él. La cinta del camino, un tanto más clara que el terreno que lo rodeaba, se extendía hasta perderse en la oscuridad de la noche, sin que hubiese señal de edificio alguno hasta donde alcanzaba la vista.

El individuo metió las manos en los bolsillos del chaquetón de piel que cubría su cuerpo y echó a andar decididamente por el camino.

El hecho de que hubiese dejado la Vespa oculta entre los matorrales indicaba bien a las claras que temía exponerse a ser descubierto por el ruido del motor. Tenía que llevar a cabo una peligrosa misión, y para alcanzar el éxito apelaba a todas las precauciones imaginables.

Si hubiese podido observar lo que sucedía a sus espaldas, tal vez hubiera interrumpido su progresión.

Apenas se había alejado un centenar de pasos, cuando un

hombre se puso en pie detrás de una roca solitaria, situada cerca de la carretera y del camino.

Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, como una estatua de piedra surgida del suelo como por arte de magia, observando la negra figura que se alejaba.

Cuando estuvo seguro de no ser visto, cruzó el camino, encaminándose hacia el grupo de rocas donde el hombre que le precedía ocultase la Vespa y examinó aquel punto en la oscuridad, no tardando en descubrir la máquina.

Una exclamación de sorpresa partió de sus labios. Una linterna sorda apareció en su mano derecha y, tras tapar el foco con su pañuelo, la acercó a la motocicleta, iluminándola con la opaca luz.

Fue solo un segundo, un leve ramalazo, que le bastó para percatarse del color de la Vespa y de su matrícula.

Apagó de nuevo la linterna, saltó al camino y, sin dudar un instante, avanzó por él con rapidez. Manteniendo los ojos bien abiertos, no tardó en columbrar la silueta del otro hombre que se movía ante él.

Esto le obligó a seguir avanzando más despacio, conservando una prudencial distancia entre ambos.

Ignorante de la atención de que era objeto, el hombre de la Vespa tomó un estrecho sendero que salía a la derecha del camino.

Sus movimientos se hicieron más furtivos y silenciosos.

En ocasiones avanzaba con el cuerpo inclinado hacia adelante. En una ocasión miró hacia el cielo y, al observar que la luna hacía acto de presencia, abandonó el sendero, arrojándose al suelo.

El hombre que espiaba sus movimientos se detuvo también y no emprendió la marcha hasta que el otro lo hizo de nuevo.

El perseguido llegó al fin a la cima de una colina. Más allá de ella el sendero bordeaba una depresión de terreno, de bordes irregulares, cortados a pico, en cuyo fondo se acumulaban masas de piedras graníticas.

—La cantera —murmuró.

No tardó en encontrar el sendero cubierto de cardos que descendía al fondo de aquélla y una vez abajo se dirigió sin vacilar hacia un extremo, donde la cantera se estrechaba, formando un ángulo agudo.

Su marcha era lenta, pero no encendió ninguna luz para

facilitarse el avance. Llegado al vértice del ángulo, tanteó el muro de dura piedra, hasta que sus ojos se posaron en una mancha negra que, con toda evidencia, constituía la entrada de una caverna abierta en la roca viva.

El desconocido penetró en ella sin vacilar. Unos pasos más allá de la entrada la oscuridad se hizo absoluta. Avanzó un poco más, tanteando las paredes, y tensó el oído.

No se percibía ruido alguno y esto le decidió a sacar una linterna del bolsillo del chaquetón, que encendió, tras cubrir el foco con un trozo de tela negra.

La escasa luz apenas conseguía romper las tinieblas, pero le permitió avanzar con cierta rapidez por aquella especie de túnel, hasta desembocar en un amplio ensanche del mismo, al cual se abrían media docena de galerías.

—Una, dos, tres —contó a partir de su izquierda—. Ahí debe de estar.

La luz de la linterna recayó sobre la boca de otra galería, tan sumamente baja y estrecha que tuvo que inclinar el cuerpo para poder avanzar por ella con precaución.

Al fin pareció encontrar lo que buscaba. Después de contar sesenta pasos desde la boca de la galería se detuvo y giró a la derecha.

Había allí una puerta de recia madera, toscamente labrada, que cerraba un hueco abierto en la pared. Estaba cerrada por medio de una gruesa tranca, asegurada por un enorme candado, que el intruso intentó forzar en vano.

Un reniego partió de sus labios al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos. Decidido a todo, retiró la tela negra del foco de la linterna y su luz, clara y potente, cayó sobre la puerta.

Era muy tosca. Entre los tablones que la formaban quedaban anchos resquicios y el merodeador aproximó la linterna a uno de ellos, mirando más allá de la puerta.

La luz de la linterna recayó sobre lo que parecían ser algunos cajones, perfectamente apilados, que llenaban el amplio hueco excavado en la pared de la galería, que cerraba la puerta.

Un gruñido de satisfacción partió de sus labios. Aquellos cajones tan celosamente guardados no podían contener más que una cosa. La que él buscaba, aquélla por la cual estaba exponiendo su vida.

Volvió a cubrir con el paño negro el foco de la linterna y retrocedió por el camino que lo había llevado hasta allí.

A un lado de la entrada de la galería que desembocaba en la cantera, el hombre que siguió sus pasos esperaba pacientemente, pegado a la pared de granito.

En su mano derecha empuñaba firmemente una pistola, cuyo negro empavonado resaltaba apenas en la oscuridad que lo rodeaba.

Cuando el merodeador apareció en la boca de la galería, el otro contuvo la respiración, y aquél dio dos pasos, aspirando a pleno pulmón el aire fresco de la noche.

Algo duro se apoyó en su espalda, y una voz ronca y amenazadora sonó detrás de él.

—¡No se mueva o le abraso vivo!

El sorprendido inició un movimiento de sorpresa, pero el cañón de la pistola se clavó con más fuerza en sus riñones.

—Le he dicho que no se mueva —conminó la ronca voz con fiera—. Levante los brazos.

El merodeador obedeció la orden sin vacilar, porque conocía el tono perentorio y decidido de aquella voz, que le hizo comprender que no amenazaba en vano.

La mano izquierda del tipo situado a su espalda tanteó hábilmente sus ropas, hasta que los dedos tropezaron con el bulto de una pistola, que su víctima llevaba en uno de los bolsillos del chaquetón.

Lo despojó de ella con rapidez. Cuando la tuvo en la mano lanzó una carcajada.

—Ya te quité los dientes. ¡Adelante! —dijo, empujando con su pistola al sorprendido merodeador.

Todo cuanto había hablado lo dijo en francés. Un francés perfecto, pero que contenía una ligera inflexión que indujo a pensar al hombre de la Vespa que era musulmán; argelino, con toda seguridad.

Volvió a empujarle con la pistola, obligándole a dar dos pasos. De esta forma ascendieron el estrecho sendero, que remontaba sus curvas hasta el borde de la cantera.

Una vez allí, el hombre que empuñaba ambas pistolas lanzó un estridente silbido, alargado, y seguido de dos más cortos. Las agudas notas fueron transportadas por la brisa y no tardaron en

obtener una respuesta similar.

—¡Aquí! —chilló el individuo.

Los nervios del merodeador se tensaron al máximo. Si el hombre que acababa de sorprenderle recibía auxilio, estaría perdido. Si quería apelar a la fuga con probabilidad de éxito, debía intentarlo antes de que llegasen los refuerzos pedidos.

Miró levemente hacia atrás, divisando a lo lejos las siluetas de tres hombres que corrían hacia ellos por el borde de la cantera. Un minuto más y sería tarde.

De improviso bajó los brazos, golpeando al otro con ambas manos en la cabeza. La fuerza del golpe hizo vacilar a su enemigo, que apretó el gatillo del arma que empuñaba con la mano derecha.

El proyectil se perdió en el aire, seguido por una exclamación de alarma que apresuró el paso de los hombres que se acercaban a la carrera.

El merodeador no vaciló un instante y propinó un violento empujón a su enemigo, que trastabilló fuera del sendero. Mientras el otro apelaba a la fuga, sus pies no encontraron el apoyo del suelo y se precipitó hacia el fondo de la cantera con un grito de horror.

El merodeador se alejaba a la carrera. El miedo ponía alas en sus piernas, que movía velozmente, dando grandes zancadas hacia el camino.

Cuando los tres hombres llegaron al punto por dónde había caído su compañero, el fugitivo estaba fuera del alcance de su vista.

De abajo llegó hasta ellos el débil lamento del despeñado. Los tres se precipitaron hacia el fondo de la cantera por el angosto sendero de cabras, y no tardaron en dar con él, guiados por sus llamadas.

—Es Amhed —dijo uno de ellos en lengua árabe—. ¡Eh, Amhed! —llamó, inclinándose a su lado.

El foco de una linterna cayó sobre el rostro del herido. De su sien derecha manaba un hilo de sangre y la cara estaba pálida como el papel. Al recibir la herida de la luz entreabrió los ojos.

—Un hombre... —murmuró— entró en la galería. Lo sorprendí... al salir... pero ha huido... Tiene una Vespa en el cruce del camino... ¡Corred! Aún podéis alcanzarle... La Vespa es de color azul, matrícula de... Argel...

El esfuerzo realizado abatió su cabeza y el hombre que la

sostenía se puso en pie.

—Trae el coche, Absalom. ¡Pronto! —ordenó—. Tú, Addel, ayúdame a llevarlo arriba.

Absalom corrió como un gamo, perdiéndose en la oscuridad, mientras los otros dos transportaban el cuerpo de Amhed fuera de la cantera. Al llegar arriba, un cuarto hombre se unió al grupo y, coincidiendo con su llegada, dejóse oír el motor de un automóvil en el camino.

—Quédate con Amhed —ordenó Ferath al recién llegado—. Vamos, Addel. No hay tiempo que perder.

El coche estaba detenido en el camino. Sus faros, encendidos, servían de punto de referencia a los dos hombres, que corrieron hacia él como gamos por el sendero.

Absalom estaba al volante. Apenas lo vio llegar puso el coche en marcha y sus compañeros penetraron rápidamente en el vehículo, que se alejó hacia la carretera.

Delante de él, el fugitivo acababa de llegar al punto donde había dejado la Vespa, que sacó de entre los matorrales no sin cierto trabajo.

Puso el motor en marcha y su estruendo se percibió claramente en la noche, pero ya no era preciso guardar silencio, sino alejarse cuanto antes de aquellos lugares.

Ocupó el sillín, hizo girar la manilla del acelerador y la máquina se puso en marcha, carretera adelante.

Apenas atacó la pendiente, cuando vio brillar a su derecha el resplandor de una luz. Miró hacia allí y lanzó un juramento al percibir las luces de un automóvil, que discurría velozmente por el camino.

Aquello le obligó a apagar la luz del faro de la Vespa, pero ya era demasiado tarde. Cuando el automóvil tomó la carretera, avanzando por ella a gran velocidad, el perseguido comprendió que había sido descubierto.

Apretó los dientes y aceleró la velocidad, obligando a la Vespa a dar de sí cuánto podía.

La máquina se deslizó velozmente por la asphaltada carretera. El conductor, con el cuerpo inclinado hacia adelante, recibía en su rostro la bofetada del aire, que le obligaba a entrecerrar los ojos.

Argel estaba lejos. No podía pensar siquiera en alcanzar la

ciudad, ni tampoco era éste su propósito.

El automóvil estaba cada vez más cerca.

Por un momento, el fugitivo dudó entre continuar la huida o apearse de la máquina y seguir la fuga a través de los campos, pero la visión de algunas luces lejanas le animó a seguir devorando la carretera con la Vespa.

A su espalda, el automóvil ganaba terreno lentamente, pero si lograba alcanzar aquellas luces, tenía grandes probabilidades de poder escapar de sus perseguidores.

La motocicleta saltaba en la carretera. A pesar de ello, el automóvil ganaba terreno por instantes.

Las luces estaban cada vez más cerca. No parecían constituir un pueblo, ni siquiera una aldea, sino una agrupación de edificios en pequeño número, ante el mayor de los cuales, había detenidos algunos coches.

Movibles luces de diversos colores corrían a lo largo de la fachada del edificio de ladrillo, de dos pisos, que constituía el centro de los demás.

Los tubos de neón dibujaban la silueta de un barco velero en línea azul. Debajo, un letrero rojo anunciaba que aquel establecimiento, situado junto a la carretera, era «La Nave Capitana».

El fugitivo dejó la Vespa entre dos coches y corrió hacia la entrada con una decisión que indicaba que conocía bien aquel lugar.

«La Nave Capitana» era un excelente restaurante, provisto de salón de baile, donde actuaban algunas atracciones, estación de gasolina, y algunos *bungalows* para albergar a los huéspedes ocasionales de aquel próspero negocio.

Estaba situado a unas cincuenta millas de Argel y aquella distancia no era óbice para que se viese frecuentado por una nutrida clientela, que buscaba lejos de la ciudad los placeres que las autoridades les negaban en la capital de Argelia.

El fugitivo atravesó como una exhalación el vestíbulo de recepción, encaminándose hacia las cabinas telefónicas y penetró en una de ellas, sacando una ficha del bolsillo del pantalón, que introdujo en la ranura.

En aquel momento, el automóvil ocupado por sus perseguidores

llegó a la altura del parador, y Absalom redujo la velocidad.

—Sigue —masculló Ferath.

—No —chilló Addel—. La Vespa está ahí. Entre esos dos coches.

Absalom frenó en seco. Ferath y Addel saltaron del vehículo y penetraron en el parador. El primero llevaba la mano derecha hundida en las profundidades del bolsillo de la americana.

Ambos eran morenos, de alta estatura y ademanes resueltos. Vestían a la europea y sus ropas eran de excelente calidad. Addel no llevaba corbata y el encargado de la recepción le dirigió una mirada interrogante.

—Un amigo nuestro acaba de llegar en una Vespa —dijo Ferath—. Ha entrado aquí ahora mismo. ¿Sabe dónde está?

—En esa cabina —repuso el encargado del parador.

Con aquellas palabras y el simple movimiento de mano que las acompañó, firmó la sentencia de muerte del fugitivo, sin saberlo siquiera.

Ferath y Addel saltaron hacia la cabina, provista de un ancho cristal a través del cual podían ver la espalda del fugitivo.

Éste acababa de obtener respuesta a su llamada, y preguntó con voz excitada.

—¿Míster Burger?

Y al obtener una respuesta afirmativa, agregó:

—Estoy en «La Nave Capitana», ¿lo conoce? Venga pronto. Me persiguen... Tengo los datos que necesita...

En aquel momento la silueta de Ferath se dibujó a través del cristal.

El fugitivo palideció, tragando saliva. El espanto se reflejó en sus ojos, y el árabe sonrió cruelmente.

No conocía al otro. Veía su rostro transfigurado por el espanto, a la luz del vestíbulo que se filtraba dentro de la cabina, pero podía jurar que no lo había visto en su vida.

El fugitivo hizo un rápido movimiento con su mano derecha, llevándosela a un bolsillo del chaquetón.

El rostro de Ferath se heló. A través del teléfono llegó la voz del interlocutor de su víctima, que no contestó a su llamada.

El desdichado alzó la pierna izquierda, soltó el teléfono, y se llevó la mano derecha hacia el zapato.

En aquel momento Ferath comenzó a disparar.

Lo hizo por dos veces sin sacar del bolsillo la pistola, provista de silenciador.

Los disparos apenas hicieron ruido. Los dos proyectiles atravesaron limpiamente el cristal de la puerta de la cabina, clavándose en el cuerpo del fugitivo; que cayó en el suelo como una bola inerte.

Ferath miró a su alrededor. Nadie parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido. Más allá, junto a la puerta, Addel lo vigilaba todo con ojos de halcón dispuesto a intervenir en auxilio de su compañero si fuera necesario...

El árabe abrió la portezuela de la cabina y penetró en ella.

El fugitivo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, por la cual había resbalado. Su pierna izquierda estaba aplastada por el peso del cuerpo, y la barbilla se clavaba en el pecho.

Ferath cerró a sus espaldas y lo registró rápidamente, quitándole la cartera y algunos papeles que encontró en los bolsillos. Luego, al comprobar que aún respiraba penosamente, le descerrajó otro tiro en la cabeza.

Su víctima se estiró bruscamente, puso los ojos en blanco y quedó definitivamente inmóvil.

—Ya no podrás contar lo que has visto —murmuró el asesino.

Abandonó la cabina y se dirigió hacia la puerta con paso rápido.

El gerente lo miró con extrañeza, cuando el árabe cruzó ante él y se unió a Addel.

—Vamos —dijo—. Ya está listo.

Salieron. Mientras ocupaban de nuevo el automóvil conducido por Absalom, una mujer intentó penetrar en la cabina, pero se lo impidieron las piernas del muerto. Empujó de nuevo la puerta y miró dentro de la cabina.

Su grito de espanto puso en conmoción al gerente. Cuando llegó al lado de la dama, estaba pálida como la cera.

—¡Un... muerto! —chilló histéricamente—. Ahí, en la cabina.

El gerente lanzó un juramento y corrió hacia la puerta del establecimiento, mirando a ambos lados de la carretera, pero sólo vio una luz roja, apenas un punto recortado en la negrura de la noche, que se alejaba hacia el oeste, sin permitirle distinguir la matrícula del coche ni casi su forma.

Mascullando violentas interjecciones penetró de nuevo en el vestíbulo, donde la dama acababa de desmayarse.

II

A

BSALOM conducía con habilidad, pero no estaba satisfecho. Probablemente tenía miedo y no tardó en inquirir:

—¿Quién sería ese tipo?

—No lo sé —replicó Ferath—. Lo que si puedo decirte es que lo que supiese se ha ido con él al otro mundo.

—¿Crees que no tuvo tiempo de comunicárselo a la persona con quién hablaba? —preguntó Addel.

—Estoy casi seguro de ello —afirmó Ferath—. De todas formas, le quité cuántos papeles llevaba encima. Al menos sabremos quién era.

El automóvil tomó el camino. Poco después llegaban a la cantera, y Ferath encendió la luz, ojeando los papeles que aún conservaba en las manos.

—¡Maldición! —aulló.

—¿Qué sucede? —preguntó Absalom, inquieto.

—Era un detective particular. Vivía en Argel —repuso Ferath.

Examinó el resto de los papeles encontrados sobre el cadáver. La licencia de la Policía, otra de uso de armas, un par de cartas, direcciones y algún dinero, pero nada que se refiriese a su descubrimiento.

Aquellos documentos no podían ser más inocentes y, sin embargo, Ferath permaneció unos segundos pensativo.

—Bueno —dijo Addel—. Parece que no hay motivo de preocupación.

—Sí lo hay —replicó Ferath, volviéndose hacia él—. Era un detective. No se cómo pudo descubrir nuestro escondite, pero sea como sea, tal vez haya comunicado a alguien sus sospechas. En el mejor de los casos, la Policía comenzará a investigar la causa de su muerte, ¿entiendes?

Absalom tragó saliva. Un miedo cervical paralizó su lengua y Addel le lanzó una mirada asesina.

—Los que nos hayan visto en el parador podrían identificarnos —siguió diciendo Ferath—. El gerente, por ejemplo.

De pronto tomó una decisión:

—Sigue hasta Cherchel. Vete con él —ordenó a Amhed—. Traed el camión.

Los dos hombres que le acompañaban le miraron intrigados.

—¿Para qué? —preguntó Absalom—. ¿Qué te propones?

—Debemos largarnos de aquí inmediatamente —replicó Ferath—. Realmente, lo único que vamos a hacer es anticipar en seis o siete días nuestros planes.

—¿Quieres decir que vamos a trasladar la mercancía a ese islote? —preguntó Addel.

—Sí. Esta misma noche.

—Pero... La motora no está dispuesta aún —interpuso Absalom.

—No importa. No os preocupéis, muchachos. Tengo mis planes. Andando —agregó Ferath, apeándose del vehículo.

Cerró la portezuela con violencia. Absalom apagó la luz y el automóvil se alejó hacia la carretera, mientras Ferath avanzaba a buen paso, camino de la cantera.

—Diga. ¡Eh, Cheval! ¿No me oye?

La llamada de Parry Burger cayó en el vacío. El hombre que estaba con él en la amplia estancia le interrogó con la mirada.

—No me explico... —comenzó a decir Burger.

Le interrumpió un ruido seco, ahogado, que llegó hasta sus oídos a través del auricular. Luego leves rumores y el silencio más profundo.

Colgó lentamente, volviéndose hacia su acompañante.

—¡Qué raro! —murmuró. Bruscamente alzó la cabeza—. A Cheval le ha sucedido algo —aseguró. Parry Burger era un tipo alto

y elástico, de finos modales. Vestía un buen traje azul, que destacaba el color de su rostro. La cara era delgada, un tanto afilada y estaba coronada por castaños cabellos, cuidadosamente peinados.

Parecía un *dandy* con deseos de presumir, pero la reflexión que emanaba de sus ojos azulados, disipaba tal idea.

El otro hombre permanecía ante él, cómodamente sentado en un sillón, con una copa en la mano.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —preguntó.

—Soltó de repente el auricular. Lo ha dejado descolgado —repuso Burger—. Anteriormente me dijo que lo perseguían y...

François Legell se puso en pie bruscamente.

Era tan alto como Burger, pero más corpulento. El cabello negro, peinado hacia atrás, conjugaba con el fulgor de sus ojos, pequeños y agudos como alfileres.

—Ya le dije que no se arriesgase —murmuró—. La necesidad lo ha... —dejó la frase sin terminar y luego la contempló con otra—. Cheval necesitaba ese dinero... Bien, ¿qué hacemos aquí mirándonos, cruzados de brazos? —preguntó.

—Tienes razón —replicó Parry—. Vamos.

Los dos hombres abandonaron el tranquilo y cómodo departamento, y salieron al pasillo. El ascensor no tardó en detenerse en el piso, bajándoles al vestíbulo, poco concurrido.

El automóvil de Legell esperaba fuera. Era un Dauphine del último modelo, resistente y veloz.

Atravesaron las calles de Argel, semi desiertas. La ola de terror desencadenada por el

F. L. N.,

obligaba a sus habitantes, en especial a los franceses, a recluirse temprano en sus casas.

Poco después alcanzaron la carretera de Orleansville. Legell pisó a fondo el acelerador, y el Dauphine comenzó a devorar el asfalto.

Los dos hombres guardaban silencio, sumidos en sus preocupaciones. El caso comenzado tres meses antes, podía terminar aquella misma noche con un poco de suerte.

Una hora después, Legell frenó bruscamente ante «La Nave Capitana», a cuya puerta estaba detenida una ambulancia.

El gerente no se había dormido. Por mucho que procuró evitarlo, la noticia de que había un cadáver cosido a balazos en el

parador, corrió de boca en boca y llegó a la conclusión de que la mejor manera de adormecer aquella morbosa curiosidad, era sacarlo de allí.

Legell penetró como una tromba en el vestíbulo, seguido de Burger. Un empleado se interpuso en su camino, y el inspector le preguntó:

—¿Dónde está el herido?

—¿El herido? —repuso el camarero—. El muerto, querrá usted decir. Oiga —agregó receloso—. ¿Quién es usted y con qué...?

—Inspector de Policía Legell —repuso François.

Las maneras del camarero cambiaron.

—Sígame —dijo.

Los condujo hasta el despacho del gerente. El cadáver de Cheval estaba tendido en un diván, envuelto en una manta. A su alrededor se movían el gerente y tres hombres más, que en aquel momento se disponían a colocar el cadáver en una camilla para trasladarle a la ambulancia.

Todos ellos miraron hacia la puerta. Legell ordenó:

—¡Esperen!

Nadie le preguntó quién era. Su tono, perentorio y autoritario, daba a entender que tenía derecho a ordenar.

Parry avanzó tras él. Legell recorrió con la mirada los rostros que tenía delante, y ordenó:

—Salgan. Usted no —advirtió al gerente.

Los dos camilleros y el conductor de la ambulancia, abandonaron el despacho. Legell descubrió el cadáver.

—Es él —dijo, volviéndose hacia Parry.

Éste se limitó a afirmar con la cabeza. Legell agregó:

—Ahora nos hemos quedado sin saber... ¡Maldita sea! No perdieron el tiempo esos tipos.

El gerente los miraba en silencio. La cólera del inspector descargó sobre él.

—¿Cómo lo mataron?

El gerente tragó saliva. Narró sucintamente lo sucedido, y agregó:

—Por mucho que corrí no llegué a tiempo de ver la matrícula del coche.

—Bien. Dejemos eso. Y usted ¿con qué autoridad ha traído el

cadáver aquí y pretendía sacarlo del parador?

La nuez del gerente comenzó a subir y bajar. Parry, compadecido de él, intervino:

—Déjalo, François.

—Lo dejo, sí, pero de momento —repuso Legell—. Luego nos ocuparemos de este asunto. Vamos, Parry, ayúdame a registrarlo. Tal vez lleve encima algo que nos indique donde fue esta noche este desdichado.

Metió las manos en los bolsillos del chaquetón y en los de la americana, sin encontrar un solo papel y masculló:

—Lo han limpiado bien. Esos tipos están en todo.

La pierna izquierda del cadáver estaba ligeramente doblada. Uno de los camilleros, al aferrarla para trasladarlo a la camilla, había subido un poco el pantalón y por encima del borde de las fuertes botas de campo, resaltando sobre el color oscuro del calcetín, se destacaba un pequeño triángulo blanco.

Parry tiró de él, sacando un papel doblado varias veces sobre sí mismo, y Legell se acercó a él, mientras lo desdoblaba:

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado.

—No lo sé. Lo tenía Cheval metido entre la bota y el calcetín —repuso el norteamericano.

Era un pequeño plano, dibujado a lápiz sobre un trozo de papel arrugado.

Legell se lo arrancó a Parry de la mano y lo examinó durante unos segundos. Repentinamente, lanzó una exclamación de sorpresa y se volvió hacia el gerente:

—Cúidese de que el cadáver sea llevado a Argel —dijo—. Vámonos, Parry.

El agente del

F. B. I.,

no hizo pregunta alguna, comprendiendo que Legell había descubierto algo en aquel burdo plano y no deseaba hablar delante del gerente.

Los dos hombres salieron, pero el francés no se detuvo en el vestíbulo, sino que ganó el exterior, subiendo al Dauphine.

Parry le imitó. Una vez acogidos a la oscuridad que reinaba en el interior del vehículo, Legell se volvió hacia el agente del

F. B. I.

—Ese plano, Parry... O mucho me equivoco, o Cheval copió en él el punto donde descubrió lo que te interesa.

Burger lanzó una exclamación de asombro. Miró hacia la oscuridad a través del parabrisas, y murmuró con voz ronca:

—Se acordó de mí y de mi interés por esos datos a pesar de encontrarse cara a la muerte, Legell. Te juro que poco he de poder o... —hizo una pausa—, ¿está lejos? —preguntó.

—No —repuso el inspector. A una media hora de carretera de aquí. ¿Piensas ir allí?

Parry volvió la cara hacia él.

—¿Tú qué opinas? —preguntó.

—No sé qué aconsejarte. Esos tipos serán tres o cuatro como mínimo, y peligrosos como serpientes.

Burger tomó una decisión.

—Aun así voy a ir, François —repuso con voz decidida—. Este asunto comenzó hace tres meses en Tánger[1]. Y tal vez yo pueda terminarlo esta noche. Ya sabes lo que ocurrió. Lo descubrimos en Tánger, tenía ramificaciones en todo el norte de África. Todos anduvimos listos, pero algunos de esos tipos lo fueron más, y lograron ocultar un enorme «*Stock*» de grifa.

Legell afirmó con la cabeza. Parry continuó:

—Todas nuestras gestiones por encontrar el punto donde estaba oculto, resultaron inútiles. Fue Cheval quien dio con él, y le ha costado la vida. Lo han matado, Legell, pero tal vez estén asustados e intenten ocultar el género en otro lado. Si piensan hacerlo, no perderán el tiempo, y yo tampoco voy a perderlo. Vamos allá. Espera —agregó—, iré yo solo. No tengo derecho a meterte en esto.

—¿No? —preguntó Legell amoscado—. Oye, ¿por quién me has tomado? Mi gobierno os ha autorizado para que investiguéis en Argelia, pero ¿para qué crees que me ha puesto a tu lado? Pues sencillamente, para que compartamos con vosotros el triunfo o el fracaso, de manera que, ¡en marcha!

El motor del Dauphine comenzó a runrunear. Legell enfiló su morro hacia la carretera y pisó el acelerador.

—Y te advierto que, aunque no fuese así, no me perdería el baile que se va a organizar por nada del mundo —agregó.

Parry sonrió en la oscuridad.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A una cantera de granito abandonada que hay cerca de aquí —repuso Legell. De pronto detuvo el automóvil—. Oye —agregó—, ¿no crees que estamos actuando con demasiada precipitación?

Quiero decir que hemos podido telefonar a Argel solicitando refuerzos y...

—¿Tienes miedo? —preguntó Parry con suavidad.

Legell soltó un taco.

—¡Maldito yanqui de los demonios! —masculló.

Burger lanzó una carcajada. El Dauphine volvió a deslizarse por la carretera y no tardó en encontrarse ante el camino.

Legell apagó las luces antes de aventurarse por él. De todas formas no fue muy lejos. Apenas doscientos metros más allá de la carretera detuvo el coche en el borde del camino y continuaron a pie. Poco después avanzaban lentamente por el estrecho sendero que conducía a la cantera. De pronto, Burger se detuvo:

—Escucha —murmuró. Hasta el punto donde se encontraban, llevado por el fresco viento reinante, llegó el runruneo de un motor y el tono apagado de algunas palabras.

Los dos hombres empuñaron sendas pistolas y siguieron adelante, no tardando en encontrarse en el borde de la cantera.

Una vez allí, miraron hacia abajo.

En aquel preciso momento, un camión se ponía en marcha, iluminando con sus faros el ancho y descuidado camino por dónde en otros tiempos se sacaban de la cantera los enormes bloques de piedra.

Iba cargado hasta los topes. Parry apretó nerviosamente un brazo de Burger.

—¿No te lo dije? —masculló—. Se largan.

—Tenemos que evitarlo —murmuró Legell.

—¿Cómo?

El camión, salvados los primeros profundos baches de la entrada de la cantera, se alejaba a buena velocidad hacia el camino, por el cual podría ganar la carretera.

—No sé... —dijo el inspector—. Vamos al coche decidió de pronto. —Los seguiremos.

Los dos hombres corrieron hacia el camino. Antes de llegar a él, el camión cruzó ante ellos y tuvieron que arrojar al suelo para no ser vistos.

El vehículo siguió adelante, con los faros encendidos. Sentado en el «baquet», junto al conductor, Ferath tenía los ojos puestos en el camino. A su lado, Amhed, con un brazo en cabestrillo, dibujaba en sus labios un rictus de dolor.

De pronto, los faros del camión iluminaron el Dauphine detenido a un lado del camino. Absalom, lanzó un gruñido y Ferath tornó una rápida decisión:

—Échalo a la cuneta —ordenó.

El conductor del camión giró bruscamente el volante, acercando el vehículo al coche, hasta que tropezó con él suavemente.

Entonces pisó el acelerador y el motor del camión rugió atronadoramente.

El ligero automóvil resbaló un poco hacia la cuneta. Absalom exigió un nuevo esfuerzo al camión, y el Dauphine rodó por la suave pendiente con un crujido de hierros aplastados y cristales rotos.

—Listo —dijo Ferath—. Vamos, date prisa.

Absalom maniobró con habilidad y el camión siguió su camino.

Cuando Parry y Legell llegaron al punto donde habían dejado el coche, el camión se perdía en la distancia.

La luz de la luna se estrellaba contra la carrocería del coche volcado a sus pies. Legell masculló una interjección y Parry sintió esfumarse las ilusiones que se había hecho de apuntarse el triunfo aquella noche.

Aspiró profundamente el aire, mientras el violento Legell continuaba maldiciendo.

—Nos la han jugado esos canallas —masculló—. Se han burlado de nosotros una vez más, pero el día que les ponga las manos encima...

—Está bien, François —le tranquilizó Burger—. No dudo de que llegará ese momento, pero mientras tanto, debemos pensar lo que vamos a hacer ahora.

—¿Ahora? —masculló Legell—. Volver andando a «La Nave». ¿No te parece? ¡Bonita entrada vamos a hacer allí! Es como para morir.

—Me gustaría explorar esa cantera —replicó Parry pensativo—. ¿Has traído linterna?

—Sí —masculló Legell—. La saqué del coche. ¿Qué piensas

encontrar ahí?

—No lo sé. Tal vez nada, pero el disgusto me ha quitado el sueño.

—Está bien —accedió el francés con un hondo suspiro—. Vamos allá.

Volvieron sobre sus pasos, descorazonados. Tomaron el sendero y Legell encendió la linterna iluminando el camino.

Poco después descendían a la cantera, y siguiendo el mismo trayecto que escasas horas antes recorriera el desdichado Cheval, llegaron a la entrada de la galería.

Los dos hombres la recorrieron rápidamente. Cuando la luz de la linterna recayó sobre el hueco abierto en la pared de la galería, advirtieron que las puertas estaban abiertas.

Había allí restos de cajones, y entre ellos advirtió Legell una especie de polvo, de aspecto parecido al tabaco, que recogió, acercándoselo a la nariz.

—Grifa —dijo—. Esto le ha costado la vida a Cheval... para nada.

Siguieron adelante. Poco después llegaron a un amplio ensanche de la galería y un olor a restos quemados hirió su olfato.

En un rincón de aquella especie de sala subterránea alguien había improvisado una tosca chimenea. También podían verse indicios que indicaban que había servido de temporal habitación a algunas personas.

En la chimenea vieron un montón de papeles reducidos a pavesas, del cual escapaba aún un tenue hilo de humo. Legell lo alumbró con la linterna, y Parry lo removió con el pie.

Algunos trozos de papel no estaban quemados por completo, debido sin duda a que habían sido arrojados a la lumbre superpuestos unos con otros.

Parry los recogió, y los dos hombres se trasladaron a la rústica mesa que había en el centro de la sala.

La mayoría de ellos estaban en blanco o presentaban algunos números o letras árabes, escritos a lápiz, que Legell descifró sin dificultad, pero eran palabras sueltas que no les dijeron nada.

Había también un trozo de cartulina. Una minúscula porción del centro de lo que parecía haber sido una carta marina, a juzgar por el color azul que se destacaba aún entre los bordes chamuscados.

En ella aparecían varias líneas irregulares, y junto a una, que parecía representar un trozo de costa, figuraban dos o tres leyendas muy cortas.

A la luz de la linterna, Legell leyó:

—Punta de la Mola... Playa Roja... Es español —dijo, alzando los ojos hacia Parry.

Vieron también una F y una O, mayúsculas, que parecían formar parte de algún otro nombre, el resto del cual había sido destruido por el fuego.

—Me gustaría saber qué es lo que indica —murmuró Parry—. ¿Pensarán llevar ahí la grifa?

—No lo sé —masculló Legell—. Esos letreros están en español, muchacho. Eso puede implicar muchas cosas.

—Ya lo sé —repuso Parry—. Podemos irnos.

Cuando abandonaron la galería, la luz del amanecer comenzaba a ahuyentar las sombras. Los dos hombres recorrieron rápidamente el camino. Tuvieron otra rápida mirada para el Dauphine y Legell estalló de nuevo en improperios.

Cuando llegaron a la carretera, advirtieron algunas luces que parpadeaban en la distancia, siendo apagadas lentamente por la luz de la aurora.

—Aquello es Cherchel —dijo el inspector—. Vamos allí. Nos prestarán un automóvil para regresar a Argel.

Hicieron su entrada en la ciudad a las diez de la mañana, tristes, descorazonados y silenciosos, encaminándose hacia la Jefatura de Policía.

Reinaba en el edificio una actividad inusitada. Cuando dejaron caer sus doloridos cuerpos en sendos sillones, Legell preguntó al comisario:

—¿Sucedó algo?

Aqué! lo miró por encima de las gafas. Volvió a encender su cigarrillo y repuso:

—¿Qué si sucedó?... ¡Mon Dieu, querido colega!

No puede llegar usted más a destiempo.

—¿Por qué? —preguntó Legell.

—Hemos encontrado en el muelle el cadáver de uno de los guardias nocturnos. Estaba cosido a puñaladas y...

Le interrumpió el estridente sonido del teléfono. Tomó el

auricular y escuchó atentamente unos instantes. Cuando colgó de nuevo se puso en pie.

—Ahora tengo que marcharme, pero no tardaré en volver. Considérense como en su casa.

Abandonó el despacho, dejándolos solos. Parry exhaló una bocanada de humo de su cigarro y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí?

—No lo sé —replicó Legell, exasperado.

III

C

HERCHEL dormía en paz cuando el camión conducido por Absalom atravesó sus calles, encaminándose hacia el puerto.

Pero no llegó a él, porque Ferath ordenó al conductor detenerlo en un ancho paseo, bajo las sombras de las palmeras.

—Vamos. Addel —llamó—. Ven tú también, Henry.

Los dos hombres descendieron de la caja del camión y, uniéndose a Ferath, se dirigieron hacia el muelle.

Los tres hombres avanzaron por el largo espolón, iluminado por las farolas que se alzaban en él, de trecho en trecho.

A lo largo del muelle había atracados algunos barcos, de los cuales no partía ninguna luz.

La mayoría eran pesqueros y casi todos estaban provistos de motor movido por petróleo o gasolina. Cualquiera de ellos servía para los propósitos de Ferath, pero el árabe pasó de largo, hasta que sus ojos encontraron el que buscaba.

El barco estaba un poco apartado del muelle. Amhed y Henry tiraron de la amarra, acercándolo sin que surgiese el menor signo de vida del interior de la nave.

Ferath saltó a ella seguido de Amhed, mientras Henry vigilaba.

No había nadie sobre cubierta. Los dos árabes abrieron la

estrecha escotilla y la luz de la linterna sostenida por Ferath recorrió la bodega en todas direcciones.

El foco de luz recayó sobre el rostro de un hombre que dormía en una litera, envuelto en mantas.

—Baja —ordenó Ferath a Addel.

Éste no se hizo repetir la orden. De un salto se situó junto al marinero. Cuando sus pies tocaron el piso de tablas de la bodega, el árabe empuñaba una pistola.

Con la mano izquierda zarandeó al dormido. El marino parpadeó y abrió los ojos, encontrándose con el negro cañón del arma a dos cuartas de los ojos.

—¡Calla! —Gruñó Addel, en francés.

El marinero se restregó los ojos, sorprendido, pero Ferath no apartó de su cara la luz de la linterna.

—Vístete —volvió a ordenar Addel.

El marinero obedeció de mala gana, Addel lo obligó a subir a cubierta y en cuanto estuvo en ella, fue Ferath quien procuró mantenerlo a raya.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Addel, en árabe.

Ferath sonrió torcidamente. De pronto empuñó la pistola por el cañón y golpeó con la culata la cabeza del desdichado marinero, que lanzó un ronquido y dobló las rodillas.

Buscó algún punto donde asirse, pero no lo encontró y cayó de rodillas sobre cubierta, hasta que un segundo golpe lo derrumbó sobre las tablas.

—Apártalo a un lado —dijo Ferath—. Henry —llamó.

—Aquí estoy —repuso el francés.

—Dile a Absalom que acerque el camión hasta aquí. ¡A prisa!

Henry corrió a lo largo del muelle. Mientras se alejaba, Ferath y Addel revisaron la barca. No era muy grande, pero seguramente cabía en ella toda la carga del camión. El motor, en cambio, era nuevo. Seguro que podrían alcanzar el punto que se proponían.

El rumor del camión al acercarse lentamente por el muelle llegó hasta ellos. A sus pies, el marinero seguía hundido en la inconsciencia.

Absalom detuvo el camión junto a la barca e inmediatamente comenzó el trasiego de la mercancía.

Los cajones pasaban rápidamente de mano a mano, siendo

apilados en la bodega por Addel. Los cuatro hombres trabajaban con rapidez, sin darse un momento de reposo, bajo la mirada dolorida de Amhed, a quién la herida imposibilitaba para ayudarlos.

Quedaban apenas media docena de cajas en el camión cuando Ferath, que estaba sobre cubierta, se detuvo en la tarea.

—¡Quietos! —murmuró—. Mirad. Vienen dos hombres.

Era cierto. Sus siluetas se recortaban hacia la mitad del muelle, a la luz de los faroles, demasiado espaciados para poderlos distinguir con claridad.

De pronto aumentaron la rapidez de su marcha. Tal vez habían divisado el vehículo. Ferath saltó a tierra.

—Sube al camión, Absalom —ordenó—. No hagáis nada. Tal vez sean dos curiosos.

—¿A estas horas? —inquirió Henry—. No lo creo. Deben ser guardas nocturnos.

Los dos hombres estaban cada vez más cerca. Ferath encendió un cigarrillo y dijo en voz alta:

—Ya estamos listos, muchachos.

Quería dar la impresión de que nada anormal sucedía, pero no lo consiguió. Los dos hombres se detuvieron ante él. Uno de ellos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—Ya lo ve —replicó el árabe en excelente francés—. Hemos terminado nuestra tarea y nos marchamos.

—¿Por qué han cargado ese barco?

—A usted no le importa —repuso Ferath—. Bueno —se corrigió—. Ésa fue la orden que nos dieron. Ya está cumplida y nos largamos.

—Un momento —replicó uno de los hombres—. El dueño de ese barco está en Orleansville. No puede...

—Pues lo hizo —replicó Ferath, de mal humor.

Los dos hombres se miraron indecisos. El relente del mar era bastante fresco para justificar los amplios capotes, seguramente de origen militar, con que se abrigan.

Tal vez todo se hubiese deslizado de acuerdo con los deseos de los traficantes si en aquel momento no hubiese surgido un contratiempo.

Pendientes de la conversación que sostenía Ferath con los

guardas nocturnos, ninguno se percató de que el marinero comenzaba a dar señales de vida.

De pronto se arrodilló sobre cubierta y lanzó un gemido. Amhed volvió los ojos hacia él y le propinó una rápida patada en la cara.

El resultado fue completamente opuesto al que se proponía. El marinero lanzó un grito de dolor, a la vez que se llevaba las manos al rostro, y gritó:

—¡Auxilio! ¡A mí! ¡Quieren robar el barco!

El aviso electrizó a los presentes, acentuando el ritmo de la escena.

La pistola de Absalom escupió fuego sobre los guardas desde el baquet del camión y sus proyectiles se unieron a los de Ferath, mientras Henry saltaba hacia el marinero, golpeándole otra vez con la culata de su pistola.

Uno de los guardas cayó de bruces, en el suelo. El otro sintió su hombro derecho perforado por un proyectil y dio media vuelta sobre sí mismo.

Un par de proyectiles le acompañaron en su fuga y se perdió más allá del muelle. El marinero, por su parte, volvió a derrumbarse sobre cubierta. Ferath exclamó:

—¡Vamos! ¡Aprisa!

Las pocas cajas que quedaban en el camión, no tardaron en encontrarse a bordo. Henry preguntó:

—¿Qué hacemos con éste?

Se refería al marinero herido. Ferath repaso con indiferencia:

—Tíralo al mar.

Estaba acostumbrado a que sus órdenes se cumpliesen sin vacilación. Henry tomó al desdichado por debajo de los brazos y pidió ayuda:

—Vamos, Addel. Échame una mano.

Fue Absalom quien agarró los tobillos del marinero. Entre los dos lo levantaron más alto que la borda y lo arrojaron al mar por encima de ella.

—Vamos, Absalom. Larguémonos.

El conductor del camión se perdió por la escotilla, seguido de Henry, mientras Addel y Ferath vigilaban el muelle desde la cubierta.

El cuerpo del desdichado guarda nocturno permanecía inmóvil

sobre el frío suelo. Más allá de él imperaba la mayor soledad.

—Daos prisa —gruñó Ferath—. Suelta la amarra, Addel.

El motor de la embarcación runroneó y Ferath tomó el timón, y la embarcación comenzó a apartarse del muelle.

—Apagad todas las luces —gruñó Ferath—. Tapad las ventanas.

Fue obedecido en el acto. A su vez soltó la mano derecha del timón y tras apuntar cuidadosamente al farol más cercano, apretó el gatillo.

La luz se apagó entre un ruido de cristales rotos. La embarcación continuó apartándose del muelle, en lenta maniobra.

Ferath la hizo virar en redondo, enfrentando la proa con el mar abierto, sin que una sola luz señalase el emplazamiento del barco.

En aquel momento, Amhed dijo:

—Ahí vienen.

Un tropel de hombres, media docena tal vez, corrían desesperadamente por el muelle en un vano, intento por evitar la fuga de los contrabandistas, pero ya era tarde.

La embarcación se alejaba, ganando velocidad por instantes. Addel y Amhed soltaron una carcajada y el grupo de hombres tuvo que limitarse a permanecer en el borde del muelle, impotentes y contrariados.

Los contrabandistas percibieron sus movimientos. Entre tres de ellos subieron al guarda al camión, que se alejó hacia la ciudad con su carga, mientras otros dos hombres permanecían inmóviles en el muelle.

Al fin, sus siluetas se perdieron en la distancia y la oscuridad. Sólo las luces de Cherchel indicaban el emplazamiento de la población, pero media hora después desaparecían también, mientras Ferath guiaba la embarcación, con mano segura, hacia el Norte.

Parry Burger sacó del bolsillo un trozo de cartulina chamuscada encontrado en la cantera y lo examinó con atención.

—Punta de la Mola... Punta Roja... —leyó.

—Ya te dije que está escrito en español —repuso Legell, acercándose a la ventana—. No creo que te sirva de mucho. Esos tipos estarán seguramente en Argel. Si consiguen llegar a la Casbah, será muy difícil dar con ellos.

Burger afirmó con la cabeza, pero continuó examinando aquel trozo de cartulina, que le obsesionaba.

Alrededor de la línea señalada por las leyendas que acababan de leer se extendían otras más tenues, que dibujaban caprichosas curvas. En cada una de ella había una cifra, que debía de corresponder a la profundidad del mar en los diferentes puntos.

Todo parecía indicar que aquel trozo había formado parte de una carta marina, donde probablemente aparecería el punto al cual pensaban trasladar los traficantes la grifa salvada de la enérgica actuación de la Policía francesa en Argelia en colaboración con el F. B. I.

—Lógicamente, este mar debe de ser el Mediterráneo, ¿no te parece? —preguntó a Legell.

—Sí, desde luego, pero...

Parry se acercó a un gran mapa del norte de África, colgado de una de las paredes, examinándolo con atención.

El mapa abarcaba todo el espacio del Mediterráneo comprendido entre las costas española, francesa e italiana, estando limitado por abajo por África. Era bastante grande y completo, y Burger concentró su atención en las islas que sobresalían sobre el color azul del mar.

—Ésas son las Baleares —le explicó Legell—. Pertenecen a España.

—Ya lo sé. Esos letreros están en español. Creo que... Oye, François. No podemos hacer nada hasta que venga el comisario, ¿verdad? ¿Por qué no buscamos estos puntos en ese mapa? Tal vez...

—Como quieras, muchacho —accedió Legell—, pero no creo que vayamos a conseguir nada. Examina tú las islas; yo recorreré la costa española.

Durante unos minutos se distrajeron con aquella tarea, que les hacía olvidar su fracaso anterior, hasta que Parry lanzó una exclamación:

—Ya lo tengo —dijo—. Mira.

Señalaba un punto perdido en el mar, una de las islas del archipiélago balear.

—Formentera —leyó Legell—. Sí. No cabe duda de que ese trozo de carta que tienes en la mano representa la parte sur de Formentera. Punta de la Mola... —leyó.

—¿Conoces esa isla? —preguntó Parry.

—No —replicó Legell—. Sólo he estado en Mallorca.

Burger mordióse el labio inferior, pensativo:

—¿Qué ocurriría si descubrimos que están allí? —preguntó.

—Nada —repuso Legell, optimista—. Creo que el Gobierno español os permitiría actuar allí, lo mismo que nosotros lo hemos hecho aquí. Ten en cuenta que nuestro trabajo no conoce las fronteras. Va encaminado al bien común y... Bueno. ¡Que me maten si estoy para discursos!

El francés encendió un cigarro y agregó:

—Pero no pienses en eso, muchacho. Es mucho más fácil para ellos ocultarse en Argel. Con ese camión han podido llegar allí en un par de horas.

—¿Tú crees? —sonrió el agente del

F. B. I.

—¿Es que lo dudas? —preguntó Legell, frunciendo el ceño.

—Sí —replicó Parry, mirándole—. ¿Recuerdas lo que nos dijo el comisario? Lo que está investigando, quiero decir.

—Claro. La muerte de un hombre.

—De un hombre que era guarda nocturno del puerto —agregó Parry.

Legell lo miró con los labios plegados. Al fin sonrió:

—Te agarras a un clavo ardiendo, querido Parry. En fin, no quiero desinflar tu entusiasmo, pero me parece...

Moviendo negativamente la cabeza, acercóse a la ventana. Fuera oyóse el ruido de un motor que se detuvo frente a la puerta y Legell abrió los ojos como platos.

—¡Cristo, Parry! —exclamó—. Perdona lo que te he dicho. Creo que... vas a tener razón.

El agente del

F. B. I.,

se acercó a la ventana. Un camión estaba detenido en la calle y el comisario Montaud se apeaba en aquel momento de la cabina.

—O mucho me equivoco, o ése es el camión —dijo Legell.

Los dos hombres se volvieron hacia la puerta, donde apareció Montaud con el rostro estirado.

—Marchan mal las cosas, ¿verdad? —preguntó Legell.

—¿Mal? —repuso Montaud con amargura—. De la manera más infame —masculló—. Esos tipos no sólo mataron al guarda, sino

que además se llevaron una embarcación a motor: «El Joven Luis».

Legell y Parry se miraron sombríamente.

—Cargaron en ella lo que llevaban en ese camión —continuó Montaud—. Dos guardas nocturnos los sorprendieron. Mataron a uno de ellos y arrojaron al mar al marinero que guardaba la motora, después de dejarlo sin sentido. Por fortuna, el agua fría le devolvió la conciencia y pudo salvarse a nado, pero esos bandidos consiguieron huir.

Encendió un cigarro para aplacar sus nervios. Exhaló una columna de humo y fue a decir algo, pero Parry le interrumpió:

—¿Y el camión? —preguntó.

—Es robado —replicó Montaud—. Su dueño denunció su desaparición hace un par de meses.

—Me lo figuraba —suspiró Parry—. Vamos a echarle un vistazo.

En el vehículo no encontraron nada que confirmase sus sospechas, pero tampoco era preciso. Montaud les prometió sacar las huellas dactilares y enviarlas al Departamento Central de Policía para su confrontación.

Cuando regresaron al despacho, Legell se dejó caer en un sillón. Parry dijo:

—Al menos sabemos que no han utilizado el camión para trasladarse a Argel. Tal vez lo hayan hecho en la barca, pero lo más probable es que hayan ido mucho más lejos.

—Por ejemplo, a Formentera o a otra isla del archipiélago balear, ¿no es así?

Parry afirmó con la cabeza.

—Tenemos que regresar inmediatamente a Argel —repuso.

—¿Estás dispuesto a trasladarte a Formentera?

—Si me lo ordenan, desde luego, pero habrá que arreglar los trámites necesarios con el Gobierno español, y el tiempo vuela. ¿Puede prestarnos un coche? —preguntó a Montaud.

—Sí —repuso el comisario.

Unos minutos después, ambos agentes se acomodaban en un Renault de los llamados vulgarmente

4-4,

conducido por un agente.

Montaud prometió a Legell que se ocuparía de su Dauphine y el Renault se puso en marcha hacia Argel.

Por el camino, Legell dijo:

—Si tus sospechas se confirman, nuestra colaboración habrá terminado, Parry. No puedo ir contigo a Formentera, al menos como agente.

—Ya lo sé, François. No sabes cuánto agradezco la ayuda que me has prestado. Lo único que deseo ahora es encontrar en España el mismo apoyo.

—Eso ni lo dudes, muchacho. Conozco bien a los españoles. Son secos y orgullosos, pero hospitalarios y cordiales cuando se les llega al corazón. Te entenderás bien con ellos. ¡Ah! Y una cosa. Ten cuidado con las españolas. Son canela pura.

Se separaron en Argel con un fuerte apretón de manos.

Tal vez no volviesen a colaborar en asuntos de su especialidad, pero era evidente que las amar guras pasadas juntos, habían establecido entre los dos hombres una amistad firme y duradera.

IV



ORMENTERA. Ahí está —dijo Julio Arenas, alargando el brazo derecho hacia adelante. Pronunció estas palabras en inglés perfecto. A su lado, Parry, oteó el mar, descubriendo la blanca línea de la costa.

Detrás de la motora que hacía el servicio dos veces al día entre Ibiza y Formentera, se alzaba la montuosa costa ibicense.

El motor de la embarcación ronroneaba rítmicamente. Las olas mecían la motora, que avanzaba a buena velocidad, con la vela desplegada, para aprovechar la brisa.

La barca estaba ocupada por medio centenar de personas. No había bancos para todos y muchos estaban sentados en el suelo de tablas, apoyando la espalda en la borda o en algún bulto, de los muchos que constituían la carga general.

La embarcación se escurrió a lo largo de la costa del islote de Espalmador, penetrando en la bahía de Formentera.

Parry lo miraba todo con los ojos agrandados por la curiosidad. Llevaba cuatro días en España, de los cuales había pasado tres en Madrid, en compañía de Julio Arenas, designado por la Jefatura de la Policía española para acompañarle en sus investigaciones.

Como Legell le había advertido, todo fueron facilidades por parte de las autoridades hispanas, tan interesadas como ellos en abortar aquel criminal tráfico de grifa, del cual era una de las principales víctimas.

Habían salido ambos aquella mañana de Madrid en avión.

Mientras el autocar de la Compañía de las Líneas Aéreas Iberia los trasladaba al aeropuerto de Barajas, Parry admiró la animación que mostraban las calles madrileñas en aquella mañana de julio, y lanzó un hondo suspiro.

—Me habría gustado estar aquí más tiempo —dijo a Arenas—. En cuanto pueda hacerlo, volveré.

El avión los dejó en Ibiza a las dos de la tarde. Tuvieron el tiempo justo para comer precipitadamente, y a las cuatro estaban instalados en la motora, que en aquel momento los acercaba a Formentera.

Julio Arenas estaba perfectamente impuesto de la misión que debía de llevar a cabo conjuntamente con el agente del

F. B. I.

Era, como Parry, un hombre joven, sano y dinámico. Un poco más bajo que el americano y ligeramente más robusto. Su cabello era moreno, como el fino bigote que crecía en su labio superior.

Ambos estaban en mangas, de camisa. La brisa del mar acariciaba su piel, disminuyendo la insolente bofetada del sol del Mediterráneo.

A su alrededor se chapurreaban media docena de idiomas distintos. Alemanes, suecos, holandeses y, sobre todo franceses, estaban representados en aquel cascarón de nuez que botaba sobre las aguas.

Aquello era distinto a todo cuanto Parry viera hasta entonces. Junto a las viejas mujeres baleares, algunas de ellas vestidas con su traje típico de faldas negras, hasta el tobillo, se sentaban, despreocupadas, muchachas extranjeras, con pantalones de fantasía, blusas sumamente escotadas o ceñidos suéters que modelaban sus formas.

Una pequeña multitud de dos docenas de personas esperaban en el muelle.

La llegada de la motora constituía todo un acontecimiento en Formentera, ya que el pequeño muelle era el único punto de entrada a la isla y la motora el lazo que la unía con el mundo exterior.

En un extremo se alzaba el tinglado de la salinera, por dónde avanzaba una vagoneta empujada por un hombre en mangas de camisa.

A su sombra esperaban la media docena de taxis de la isla, así como el viejo ómnibus de veinte plazas, que se convertía en goma si era preciso aceptar treinta viajeros.

La motora atracó al muelle y sus ocupantes fueron saltando a tierra.

Junto a él había un par de balandros con bandera francesa e inglesa y media docena de barcos de pesca. Más lejos se dibujaba la mole de un barco de diez mil toneladas que cargaba la sal que las gabarras acercaban a su panza.

Los taxis y el ómnibus fueron ocupados rápidamente, pero Parry y Julio no tenían necesidad de vehículo alguno.

Había reservadas habitaciones para ellos en La Sabina, una pensión situada a medio centenar de yardas del muelle, y a ella se encaminaron con sus someros equipajes.

Su pretensión era parecer dos turistas más, que acababan de llegar a Formentera para dedicarse a la pesca submarina, y lo lograban plenamente.

Parry sonreía a todos. Al sol, a las muchachas y a los hombres que les saludaban al pasar, como si los conociesen de toda la vida. Nunca se había sentido tan satisfecho.

La pensión estaba junto a la carretera. Una carretera que se prolongaba en una recta de dos millas hasta San Francisco Javier y el principal y casi único pueblo de aquella isla sin igual.

Dejaron los equipajes a la puerta de la pensión y se volvieron para contemplar el bullicio alegre que reinaba a su alrededor.

Fueron diez minutos de gritos de bienvenida, ruido de coches que se alejaban, bocinas, etc. Luego todo quedó en silencio, roto tan sólo por la canción que entonaba una mujer, en francés, y por el rebuzno de un pollino.

Un hombre pequeño y enteco, tocado con una boina y en mangas de camisa, apareció a su lado.

—¿Vienen ustedes aquí? —preguntó en español. Y ante el gesto afirmativo de Arenas, agregó—: Lo siento. No tengo habitaciones. Tendrán que buscar en otra parte. Tal vez en Cala Saona...

Julio sonrió:

—Tenemos reservadas habitaciones —dijo.

—Eso es otra cosa. Pasen ustedes; ¿cómo se llaman?

Buscó sus nombres en un cuaderno que sacó del bolsillo

posterior del pantalón.

—Sí —dijo—. Aquí están. ¡Carmen! —llamó.

Apareció una criatura encantadora. La muchacha tendría apenas dieciocho años. Su cara era redonda, morena y suave. Sonrió levemente y Parry la miró con la boca abierta.

Llevaba un fino jersey de fantasía, sin manga, y un pantalón largo, que ponían de manifiesto la esbeltez de su cuerpo juvenil y armonioso.

—Es mi hija —dijo Vicente, el dueño de La Sabina—. Carmen. Lleva a estos señores a la habitación número diez.

Carmen hizo ademán de apoderarse de los maletines, pero Arenas se lo impidió.

—Por favor, señorita —dijo—. No faltaba más.

Ella sonrió, mostrando los blancos dientes, y Parry sonrió también.

Todo lo que estaba viendo allí le gustaba. La habitación no era muy grande, pero sí limpia. La ventana daba a una amplia terraza, más allá de cuya barandilla se extendía el amplio mar.

—Lo pasaría bien aquí si no fuera por las circunstancias —dijo a Arenas, mientras colgaba sus ropas de las perchas.

—Todo puede compaginarse —repuso el español—. Lo principal ahora es saber por dónde vamos a empezar.

Formentera, según los informes, apenas tenía cinco mil habitantes, repartidos en casas diseminadas por toda la superficie de la isla. Sólo San Francisco Javier podía alardear de ser un pueblo. En él estaba el médico, el cuartel de los carabineros, la oficina de Correos y Telégrafos y hasta veinte o treinta casas levantadas alrededor de la iglesia.

En cambio, había numerosos hoteles y pensiones en Cala Saona, Playa Mitjor, El Escaló, La Sabina, etc., que hacían su agosto en el verano y permanecían silenciosos y solitarios el resto del año.

Alrededor de la pensión se alzaban las salinas, una docena de casas y algunos chalets construidos por veraneantes, especialmente catalanes... Todos ellos se surtían en una especie de almacén general, donde se vendían los artículos más opuestos.

—Tendremos que visitar hoteles y pensiones —dijo Parry—. Y sobre todo fijarnos en los turistas. Desde luego, no me hago la menor ilusión de que Ferath y los demás se hayan inscrito con sus

verdaderos nombres.

—Si están aquí los encontraremos —dijo Arenas. Sacó del bolsillo una cartulina donde figuraban dos fotografías y murmuró—: Ferath Abdalá y Henry Bernard. Un árabe y un francés. Bonita combinación.

Aquellas fotografías se las habían proporcionado las autoridades francesas de Argelia. Estaban sacadas de los archivos de la Policía, donde fueron encontradas gracias a las huellas dejadas por los forajidos en el camión, y sus respectivos expedientes los denunciaban como hombres audaces y sanguinarios dispuestos a todo.

La tarde pasó con rapidez. En la pensión había sesenta jóvenes franceses, pertenecientes al club Los Argonautas, dedicado a actividades de pesca submarina.

Cenaron en la terraza, de cara al mar, debajo de los rústicos porches.

La cena estuvo animada por un altavoz que desgranaba modernos discos llevados por los franceses, y, una vez que terminaron, la pequeña pista de cemento se llenó de parejas que bailaban con los pies descalzos y los cuerpos muy pegados, bajo las luces de colores de algunas guirnaldas.

Otras parejas prefirieron la playa y hacían como que danzaban en ella, bajo la luz de la luna, con los pies metidos en el agua clara y poco profunda.

—Vamos al bar —sugirió Arenas.

Era pequeño, familiar y acogedor. Estaba lleno de gente. Marineros del barco que cargaba sal, de los de pesca y de los alrededores, sobre todo turistas, que acudían a La Sabina atraídos por la animación que reinaba en la pensión.

Carmen y Vicente apenas si daban abasto a despachar bebidas y postales con vistas de las islas.

La muchacha estaba arrebolada y bellísima y Arenas sonrió, mientras consumía una copa de jerez, al advertir la mirada que Parry la dirigía.

Los franceses y las francesas bebían como cosacos, pero nada de bebidas suaves para ellas, sino coñac, el fuerte coñac español, que pasaba por sus gargantas como si fuese agua.

Parry se preguntó cómo podía entender Carmen con aquella

clientela tan distinta, pero lo cierto era que tanto la muchacha como Vicente, su padre, charlaban con todos, casi en el mismo idioma, mezclando palabras de todos ellos.

—Bueno —dijo Arenas—. Dila algo, hombre.

—No entenderá el inglés —repuso Parry en este idioma.

—Prueba en francés y español —sugirió Julio—. Tal vez...

Parry hizo la prueba, pidiendo a Carmen una tarjeta, en una detestable mezcla de español, francés e inglés.

La muchacha sonrió y repuso:

—No se esfuerce, señor. Puede hablarme en inglés. Así lo practicaré de paso.

—¡Oh! —exclamó Parry—. ¡Magnífico!

Ella le ayudó a escoger una tarjeta. Parry miró su perfil, sereno y regular.

—¿Quiere beber algo? —preguntó.

—Si usted lo desea... —replicó la muchacha.

Parry afirmó con la cabeza. Carmen puso dos copas sobre el mostrador y le sirvió un «*whisky*». Ella, por su parte, bebió absenta con limón, una bebida muy del gusto de los franceses. Cuando fue a pagar, Vicente se lo impidió con una sonrisa tan ancha como su delgado rostro.

—Invito yo —dijo.

Arenas sonrió. Exhaló una columna de humo del cigarro y se volvió hacia los clientes que le rodeaban.

Sus ojos se posaron en una atractiva muchacha de cabellos castaños. Era alta y espigada. Llevaba sandalias de tiras doradas, pantalón largo y una blusa blanca, descolada y provocativa. Tenía las piernas cruzadas y balanceaba la derecha, mientras empuñaba la copa de coñac con gesto de hastío.

Julio se acercó a ella con una sonrisa.

—¿Quiere bailar? —le preguntó en francés.

Se puso en pie y sonrió.

—Mais oui, *monsieur* —repuso.

Julio la siguió hasta la pista de baile de la terraza. La muchacha balanceaba suavemente el cuerpo. Junto a la pista se despojó de las sandalias y entrelazaron sus manos, moviéndose acompasadamente con el lento sonido de un «*swing*».

—¿Cómo se llama? —preguntó Julio.

—Danielle —repuso la muchacha—. ¿Y tú?

—Julio. Jules —replicó el agente.

Danielle sonrió, como si algo le hiciese mucha gracia. Puso su mano sobre el cuello de Arenas y lo acarició con suavidad.

El español tragó saliva. Se apartó ligeramente y dijo:

—Mira, Danielle. Yo... Bueno. Luego no quiero que digas que los españoles somos demasiado fogosos y que confundimos el amor con la amistad. Yo...

Danielle rió de nuevo. Su risa era clara y argentina. Se apretó más contra Julio y murmuró:

—Me gustas.

Julio hizo un gesto, como si quisiera poner al cielo por testigo de que él había intentado portarse como un caballero, según la definición española de la palabra.

Pero Danielle tenía otra opinión acerca de cómo debía comportarse un «caballero español». Apoyó la cabeza en el hombro del agente. Julio la estrechó con más fuerza y Danielle cerró los ojos. Su aliento era una mezcla de olor a esencia de nardos y a coñac.

Julio sentía palpar su corazón y su cuerpo y le acarició los cabellos.

—Me gusta España —suspiró la francesa. Me gustas tú, «mon chéri».

—¿Así? ¿Tan pronto? —preguntó Arenas.

—¿Y por qué no? Esto es... amor a primera vista. ¿Vamos a la playa?

Arenas la miró un poco escamado, pero no iba a ser él quién se echase atrás.

—Como quieras, nena —repuso.

—Llámame nena otra vez —murmuró Danielle—. Ellos no saben hacerlo.

Julio se figuró que «ellos» serían sus compatriotas y se preguntó de qué madera estarían hechos para resistir las insinuaciones de una mujer como Danielle.

La luna sonrió al verlos deslizarse hacia la playa y pasear por ella a lo largo del mar, hasta que la oscuridad se los tragó.

Más allá de la playa se alzaban algunas rocas, contra las cuales se estrellaba el mar. Los dos jóvenes se sentaron junto a ellas y

comenzaron una charla insustancial en la cual no pensaban siquiera.

De pronto, Danielle pasó su brazo por los hombros de Julio.

—Bésame —pidió.

Arenas no se hizo repetir el ruego. Los labios de Danielle eran dulces y sabrosos como las fresas.

—Que... —comenzó a decir.

Le interrumpió un rumor que llegó a sus oídos, mezclado con el de las aguas del Mediterráneo. Era como si alguien se quejase cerca de ellos.

Julio se apartó de la francesa.

—¿Has oído? —preguntó, alertando sus nervios. Tensaron los oídos en la oscuridad. El lamento volvió a repetirse, esta vez más audible.

—¡Socorro!

La débil llamada electrizó a Arenas, que se puso en pie de un salto.

—Ha sido allí —dijo Danielle.

La luna iluminaba fantasmalmente las rocas. La marea se estaba retirando, dejando al descubierto entre ellas algunos espacios cubiertos de arena.

Los dos jóvenes avanzaron despacio, sorteando el obstáculo de aquellas piedras de agudas aristas.

—¡Eh! —llamó Julio—. ¿Dónde está?

—¡Socorro!

La respuesta llegó hasta ellos claramente audible. Unos pasos más allá, tendido sobre la arena, tropezaron con un cuerpo humano y Julio se inclinó sobre él.

—Es un hombre —dijo—. Debe estar malherido. Ayúdame, Danielle.

La muchacha fue una pobre ayuda para echárselo a la espalda, pero Arenas era fuerte y el deseo de ayudar a un semejante duplicaba sus fuerzas.

Con grandes trabajos logró sacar al hombre de entre las rocas, y una vez en la playa, le fue más fácil avanzar hacia la pensión.

La música llegaba hasta ellos a través de la noche estrellada. Las luces multicolores de la terraza se fueron haciendo más visibles, y, al fin, Danielle abrió la portezuela de la balaustrada para permitir el

paso de Julio y su carga.

El agente pasó entre los bailarines, que cesaron la danza. Las conversaciones se apagaron también y todos abandonaron la terraza, siguiendo a Arenas hasta el bar.

El establecimiento estaba lleno de humo. Julio depositó su carga sobre una larga mesa desocupada a toda prisa. Vicente, Parry y muchos bebedores, se agruparon a su alrededor, haciendo comentarios.

—Es Acisclo —murmuró uno de los presentes.

—Hay que llamar a un médico. ¡Pronto! —dijo Arenas.

Acisclo estaba muy mal herido. Debía de tener una herida en la parte posterior del cráneo, cuya sangre manchó la mesa. Su brazo derecho pendía laciamente a un lado del cuerpo. Tenía los ojos cerrados y el rostro pálido como el de un muerto.

Respiraba con dificultad y sus labios aparecían exangües.

Uno de los presentes corrió fuera del bar. Vicente preguntó:

—¿Dónde lo encontró?

—Junto a las rocas que hay al otro lado de la playa —repuso Arenas—. ¿Quién es?

—Un marinero retirado —replicó Vicente—. Le gusta mucho la bebida. Habrá «soplado» más de la cuenta y se ha despeñado.

—Es posible —repuso Julio.

Acisclo movió la cabeza negativamente. En medio de la gravedad de su estado parecía percatarse de lo que se hablaba a su alrededor.

Sus labios se movieron y Julio se inclinó hacia él. Unos roncoss sonidos partieron de la boca del viejo y Arenas se incorporó con una expresión de extrañeza en el rostro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno de los presentes.

—No he podido oírlo —repuso el agente.

El grupo se abrió, dando paso al médico. El galeno examinó atentamente a Acisclo y movió la cabeza negativamente.

—Llevalo a su casa —dijo—. Allí podré atenderlo mejor. No creo que salga de esta noche.

Se llevaron a Acisclo sobre la mesa como improvisada camilla, y su ausencia llenó el aire de comentarios.

—Tenía que acabar así —dijo alguien—. No le he visto sereno ni una sola vez desde que dejó de embarcarse.

Los grupos volvieron a sus conversaciones, y las parejas, no todas, al baile. La sombra de la desgracia sucedida al viejo flotaba en el ambiente, a pesar de todo.

Julio se acercó a Vicente, que liaba un cigarrillo con maestría.

—Ese hombre —preguntó—. ¿De qué vive?

—Creo que le ha quedado un pequeño retiro —replicó el dueño de «La Sabina»—. Algunas veces se ayuda pescando un poco o trabajando en las salinas, pero no es muy amigo del trabajo, que digamos.

—Ya. Por lo visto le gusta el alcohol, ¿no es así?

—Demasiado, don Julio —repuso Vicente—. Cuando se emborracha cuenta las cosas más absurdas. Anoche, por ejemplo, entró aquí diciendo que el faro de Espalmador no funcionaba como todas las noches.

—¡Caramba! ¿Estaba borracho cuando lo dijo?

—Eso es lo raro. Yo creo que no. Sin embargo, eso es imposible. Ese faro es automático. Se enciende al oscurecer y funciona solo.

—Ya —replicó Arenas—. ¿No dijo en qué consistía... el cambio?

—El faro emite normalmente dos relámpagos cortos seguidos de otro largo, repitiendo esta señal cada ocho segundos. Pues bien, Acisclo afirmaba a cuántos querían oírle que durante más de un minuto estuvo dando guiñadas cortas y largas sin orden ni concierto.

—¿No puede estar averiado?

—No. Es casi imposible. Sin embargo, yo lo puse en conocimiento de los carabineros. Lo han estado observando esta noche. El faro funciona bien. Se burlaron de Acisclo esta tarde, y el viejo juró y perjuró que anoche el faro no funcionó como de costumbre.

—Seguramente se le metió esa idea en la cabeza —replicó Arenas—. Ponga otras dos copas. ¡Eh, Parry!

Burger estaba acodado en el mostrador, charlando con Carmen, que parecía muy complacida por su preferencia.

Consumieron las dos copas y Julio cogió de un brazo al agente del

F. B. I.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Le costó trabajo arrancar a Parry del mostrador, pero al fin lo

consiguió y avanzaron por el enarenado camino que conducía hacia el muelle, junto a la carretera.

—Oye, ¿por qué te interesaba tanto ese pobre viejo? —preguntó Parry—. Poco entiendo español, pero creo que te has pasado un buen rato hablando de él con Vicente.

—Sí —replicó Arenas.

Explicó su conversación con el dueño de la pensión. Parry rió quedamente en la oscuridad.

—El alcohol le metió esa idea en la cabeza —dijo.

Arenas se detuvo. Apretó el musculoso brazo del agente del F. B. I.,
y replicó:

—No. Yo no lo creo así.

—¿Por qué?

—Acisclo dijo algo —repuso Julio—. No quise decir nada allí, pero en su inconsciencia afirmó que alguien lo había arrojado por el acantilado.

Parry lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué puede significar eso... suponiendo que sea cierto? —preguntó.

Lo sabía tan bien como Arenas, pero deseaba oírlo de sus labios.

—Si es verdad que le empujaron, hay alguien muy cerca de nosotros interesado en que Acisclo no repita esa historia acerca del faro —replicó el español.

Parry afirmó en la oscuridad.

V

A

El día siguiente, el club francés de pesca submarina organizó una excursión al islote de Espalmador. Arenas se lo dijo a Parry, agregando:

—He pedido que nos lleven con ellos. De esta manera podremos examinar el faro sin despertar las sospechas de nadie.

—Y explorar el islote —repuso Parry—. La barca que robaron en Argel tiene que estar en algún sitio.

La excursión partió a las once de la mañana. Eran cerca de setenta personas que se acomodaron en tres grandes barcas movidas a vela y motor.

Espalmador constituía la punta norte de la isla. Estaba separado de ella por un estrecho de unas trescientas yardas de anchura y escasa profundidad. A veces, en marea baja, el agua del estrecho llegaba apenas a la rodilla.

El islote tenía una longitud de una milla cuadrada aproximadamente.

Las barcas cruzaron la bahía varando en una amplia playa de blanca arena.

Los excursionistas saltaron a tierra, preocupándose de vivir su vida hasta la hora de comer.

Unos comenzaron los preparativos de pesca submarina, otros, sobre todo las mujeres, se tendieron sobre la arena, con escuetos

«bikinis» que permitían al sol acariciar casi toda la piel de su cuerpo.

Por su parte, Parry y Arenas se dispusieron a explorar el islote, acompañados por Danielle que ignoraba el verdadero fin de aquella curiosidad.

El centro de Espalmador era una depresión del terreno, cubierta de sabinas y vegetación pobre que crecía entre pizarras petrificadas.

Los tres se acercaron al extremo norte bajo un sol de justicia, y el faro no tardó en aparecer ante sus ojos.

En realidad no estaba en el islote, sino en un trozo de roca desgajado de Espalmador del cual distaba unas cien yardas de agua sumamente profunda y agitada.

La roca estaba desierta. No se veía un alma en ella. Julio se despojó del pantalón corto, quedándose en «*short*» de baño.

—Voy a pasar —dijo—. Me gustaría ver el faro de cerca.

—¡Oh, mon Chèri! —replicó Danielle—. Vaya capricho. No hay nada que ver ahí.

—Aun así... ¿Vienes, Parry?

—Desde luego —repuso el agente del

F. B. I.

Despojóse también del pantalón de deporte y la camisa, y, acompañados por Danielle, descendieron hasta el agua.

La muchacha sentóse en una piedra desde donde los vio lanzarse a las azules aguas. Los dos eran excelentes nadadores, y entre ellos se entabló una especie de pugilato que ganó Parry, pisando el primero la ardiente roca que servía de asiento al faro.

Éste constaba de la torre, alta y enhiesta, y de un edificio añejo que en otros tiempos, antes de ser automatizado el faro, constituía la residencia de los torreros.

A la sazón, la casa estaba cerrada a cal y canto. Era de piedra de sillería, lo mismo que la torre, y el tiempo y los temporales no habían hecho mella más que en sus puertas y ventanas.

La cerradura de la puerta exterior del faro aparecía mohosa y sucia. Una telaraña espesa y gris les indicó que hacía tiempo que no había sido utilizada.

—Me parece que Acisclo vio visiones —masculló Arenas.

Dieron la vuelta a la casa construida sobre el acantilado.

Nada en ella parecía que estuviese habitada. Las ventanas,

descoloridas, permanecían cerradas herméticamente, o al menos así lo parecía, pero no estaban dispuestos a marcharse de allí si había algo que descubrir.

Su tenacidad tuvo al fin el fruto merecido. Una de las alas de la casa se alzaba en el borde mismo del acantilado, como si fuese una prolongación del mismo.

Sólo una estrecha cornisa debajo de la cual se estrellaba el mar contra las rocas, permitía el paso hacia la única ventana que se abría en la pared.

—Si tuviésemos una cuerda... —murmuró Parry.

—Yo voy a intentarlo de todas las maneras —repuso Arenas.

Pegado a la pared, avanzó lentamente hacia la ventana. La distancia era tan sólo de media docena de yardas, pero cualquier resbalón podría precipitarlo contra las rocas.

Parry contuvo la respiración. Julio avanzaba lentamente hacia la ventana con la espalda apoyada en la pared, procurando no mirar hacia abajo.

Al fin alcanzó con la mano derecha el borde de la ventana y, apoyándose en él, dio media vuelta sobre sí mismo y empujó las maderas que, con gran asombro por su parte, se abrieron sin dificultad.

—Parry —dijo—, pasa.

Acabó de abrir y saltó dentro de la casa. Cuando Parry llegó a la ventana, Julio estaba al otro lado del alféizar y le señaló el suelo.

—Mira.

El piso estaba cubierto por una espesa capa de polvo, sobre la cual destacaban huellas de pisadas recientes. Parry salvó el alféizar.

—Procuraremos pisar sobre las huellas —dijo—. Si los que las han hecho vuelven aquí, podrían percatarse de que hay otras que no son las suyas.

La estancia era amplia, pero no había en ella un solo mueble, ni el menor rastro de vida. Ni ratas siquiera. Los antipáticos e inteligentes roedores habían abandonado aquellos parajes sin vida ni alimentos.

Cruzaron la amplia estancia, penetraron en otra más pequeña donde había una amplia chimenea, junto a la cual una escalera de hierro subía al piso superior, atravesando el techo de la estancia.

Las huellas conducían a ella. Arenas ascendió los metálicos

escalones, seguido de Parry, y asomó la cabeza con precaución.

La escalera desembocaba en un corto pasillo, provisto de algunos tragaluces, que terminaba en una puerta, cerrada al parecer.

Los dos agentes se arriesgaron por él. Las pisadas terminaban junto a la puerta y Parry la empujó, comprobando que estaba cerrada.

Arenas examinó la cerradura con atención.

—Mira —exclamó excitado—. Está recién engrasada.

Burger afirmó con la cabeza. Murmuró:

—Vaya. Parece que al fin Acisclo tenía razón. Alguien frecuenta el faro, pero ¿cómo se habrán hecho con la llave?

—Eso no es difícil. Cualquier «espadista» un poco experimentado puede abrir esta cerradura —replicó Arenas.

—«¿Espadista?». No comprendo...

—Nosotros llamamos así a los que fuerzan las puertas con ganzúas. Con llaves maestras —se corrigió Arenas, al advertir que Parry le miraba sin comprender.

Volvieron sobre sus pasos. Cuando estuvieron junto a la ventana. Julio dijo:

—Tendremos que vigilar el faro hasta que esas señales se produzcan de nuevo... si es que se producen.

Tendió la vista hacia el ancho mar. Al otro lado de Espalmador se alzaba otro islote semejante a él, a una distancia de media milla. Su superficie era pelada y gris.

—Eso es Espardell —dijo a Parry—. Está deshabitado.

—No —replicó el americano—. Hay gente allí.

Arenas aguzó la vista comprobando que su compañero tenía razón. Dos minúsculas figuras se movían entre las rocas, cerca del agua. Las contempló unos segundos y repuso:

—Deben de ser algunos de los excursionistas que han pasado allí para pescar. Hay mucho mero en esos parajes —mordióse el labio inferior y se volvió hacia Parry.

—Oye —dijo excitado—, supongamos que esos tipos son los que buscamos. Supongamos también que tienen unos prismáticos. ¿Qué sucedería si nos vieses aquí, junto a la ventana abierta?

—No volverían —repuso Parry—. ¡Cierra! —exclamó.

Arenas obedeció y los dos hombres quedaron sumidos en la

penumbra.

—Bien —dijo Parry—. ¿Por dónde salimos ahora?

—Por cualquier sitio que no sea esta ventana —repuso Julio. Vamos al pasillo de arriba.

Las pisadas apenas se destacaban sobre el suelo a la escasa luz que penetraba por las rendijas de las ventanas. Pusieron el mayor cuidado en pisar sobre ellas, y volvieron al pasillo.

Amplios tragaluces se abrían en sus paredes. Uno de ellos tenía algunos cristales rotos y los dos hombres se encaramaron a él, saliendo al tejado del edificio, casi desprovisto de tejas.

Arrastrándose por él llegaron al otro lado del declive del tejado, invisible desde el islote de Espardell. Las tablas rechinaban bajo su peso.

Al fin se encontraron en el borde y, asiéndose a él, se dejaron caer. Parry cayó de espaldas, pero se levantó del suelo, sin más consecuencias que el daño producido por la costalada.

—Tal vez hemos corrido el riesgo de matarnos por nada —dijo Arenas—, pero al menos estoy más tranquilo.

La voz de Danielle llegó hasta ellos. Tal vez estaba inquieta por su tardanza.

—¡Jules!

—La dama se impacienta —dijo Parry sonriendo—. Vas aprisa.

—Tú no eres cojo, «garçon» —dijo Arenas—. Esa muchachita te tiene sorbido el sexo. Me refiero a Carmen.

—¡Oh, Carmen! —exclamó Parry poniendo los ojos en blanco—. Graciosa, española, morena...

—¡Y olé! —exclamó Arenas—. Tú te vas de aquí casado.

Parry rió de buena gana. Los dos se metieron en el agua y nadaron con brío. Danielle se levantó al verlos llegar.

Se había despojado del mambo y del pantalón deportivo, y tomaba el sol con un breve «bikini», que ponía en manifiesto sus perfectas formas.

Aquél parecía ser el uniforme nacional o cosmopolita que utilizaban las mujeres para bañarse en Formentera. Y como todas lo usaban, no llamaba ya la atención de nadie.

—¿Habéis encontrado algo ahí? ¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó con curiosidad.

—No hay más que ratas —replicó Arenas—. Vamos. Volveremos

bordeando la costa.

La enlazó por la cintura y Parry se puso a silbar. Arenas sacó cigarrillos del bolsillo de su pantalón de deporte y fumaron los tres el fuerte tabaco rubio español «Bisonte».

La costa de Espalmador apenas ofrecía refugios donde pudiera ocultarse una embarcación por pequeña que fuese. Mientras discurrían a lo largo de ella, el perfil de Espardell no se alejó de sus ojos, pero no vieron a nadie en el islote.

Llegaron al campamento una hora después, cuando Manuel y Francisco, los dos monitores contratados por la directiva del club para acompañar a los excursionistas e iniciar a los profanos en el arte de la pesca submarina, estaban terminando de confeccionar la comida.

Arenas se acercó a ellos. Eran dos hermanos ibicencos, grandes nadadores. Manuel podía haber llegado a ser un gran campeón, pero estaba un poco «tronado» a causa de sumergirse en las profundidades sin protección alguna para arrancar del fondo del mar las preciadas esponjas.

Julio les dio un cigarrillo.

—Ese otro islote es Espardell, ¿no? —pregunto—. ¿Está deshabitado?

—Sí —replicó Manuel.

Era moreno, de mediana estatura y de robusta compresión. Su pelo rizado se escapaba por debajo de un gracioso gorro, semejante a los utilizados por los soldados del ejército español.

—Me gustaría saber si alguno de los excursionistas ha ido allí a pescar —continuó Arenas—. Es para preguntarle si hay mucho mero. En ese caso iríamos otro día mi amigo y yo.

—Lo preguntaré —ofreció Manuel.

Comieron con excelente apetito, sentados en el suelo. Luego se formaron diversos grupos. Salió a relucir un acordeón y una guitarra, y un muchacho francés, alto, espigado, con la cara llena de granos, cantó una canción sentimental, mientras Manuel iba de grupo en grupo.

Poco después se acercó a Julio, informándole de que ninguno de los excursionistas había cruzado hasta Espardell.

Al atardecer regresaron los excursionistas. Los agudos ojos de Arenas se posaron en las embarcaciones atracadas al pequeño

muelle. Buscaba algo y no tardó en encontrarlo.

—Ésa es la gasolinera que nos conviene, Parry —dijo—. Esta noche tenemos que vigilar el faro.

—Esta noche y algunas más —repuso el agente del
F. B. I.

—. De todas formas, si nada sucede, echaremos un vistazo a ese islote.

Julio se mostró de acuerdo. Llegados a la pensión, mientras Parry se encandilaba con los negros ojos de Carmen, hizo algunas gestiones por mediación de Vicente, el cual le indicó que el dueño de la gasolinera estaba dispuesto a alquilarla por cincuenta pesetas diarias.

—Tiene otras dos —agregó—, pero una de ellas está averiada y la otra se la alquiló hace un par de días a otro turista.

Arenas tensó su atención. Si los hombres que buscaban estaban en Espardell era lógico pensar que tendrían que disponer de un medio, para trasladar al islote las provisiones que necesitasen.

Aquello le dio una idea y se trasladó al almacén general. En la isla no había luz eléctrica. Sólo la pensión «La Sabina» disponía de ella, que producía con un grupo de gasógenos, para subir el agua a los depósitos desde las cisternas subterráneas donde se recogía la lluvia.

El comercio estaba iluminado por cuatro lámparas de petróleo que proporcionaban excelente luz. Estaba servido por sus dueños, dos hermanos gemelos que hacían también las veces de carteros.

Allí había de todo. Desde tabaco hasta alpargatas, pasando por los perfumes y comestibles de todas clases.

Arenas habló con uno de los dueños. Quería saber si alguien había comprado poco antes provisiones para varios días.

—Sí —replicó uno de los hermanos Torres—. Han sido varias personas las que lo han hecho.

—¿Conocidos suyos?

—Desde luego. La mayoría son gentes que hace varios años que vienen a la isla —repuso el comerciante—. Solamente a dos los veía por primera vez.

—¿Viven en la isla?

—Uno de ellos reside en una casa aislada que hay cerca de la playa Saona. Es un alemán que tiene varios hijos y...

—No es ése a quién busco. ¿Y el otro?

—El otro dijo que iba a hacer una larga excursión de pesca con unos amigos —repuso Torres.

Arenas sacó de su cartera una fotografía de Ferath y otra de Henry.

—¿Era alguno de éstos? —preguntó.

—No —fue la decepcionante respuesta—. Sin embargo, uno de ellos se parecía bastante a ése —agregó Toriles, señalando a Ferath—. Quiero decir... Bien. No era un parecido... —No sabía cómo explicarse. Manoteó un poco y agregó—: Desde luego, el aire es el mismo.

—Comprendo —murmuró Arenas, satisfecho.

Eran dos o tres los árabes que, según las deducciones de Parry, intervenían en el asunto. Aquello explicaba las dudas del comerciante. Le preguntó:

—¿Se llevaron los víveres ellos mismos?

—No. Pesaban mucho. Tuvimos que llevarlos al muelle en un carro de mano y ayudarles a trasladarlos a una gasolinera.

Parecía estar en el buen camino. La gasolinera era, sin género de dudas, aquella de la cual le había hablado Vicente.

—¿Vio el camino que tomaron? —preguntó.

—Fueron hacia Espardell —repuso Torres.

Todo casaba a la perfección. Cuando comunicó a Parry su descubrimiento, el americano lanzó un gruñido de satisfacción.

—Eso va a ahorrarnos muchísimo tiempo —decidió—. No tendremos que andar investigando en los hoteles y pensiones. Concentraremos nuestra atención sobre esos tipos.

—Bien, Parry, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Tal vez no se trate de los que buscamos. Esta noche empezaremos a vigilar el faro. ¿Qué turno prefieres?

—El segundo, si te es igual —replicó el americano—. Tengo una cita con Carmen.

—¡Vaya! —repuso Arenas—. Supongo que se te antojará el más florido de los paseos.

Golpeó amistosamente la espalda de Parry y ambos regresaron a la pensión.

Vicente estaba detrás del mostrador despachando coñac y absenta. Carmen le ayudaba, pero aún encontraba tiempo para

sonreír a Parry.

Varios muchachos y muchachas francesas charlaban animadamente o ensayaban pasos de baile. En la terraza, comenzó a sonar el altavoz, y el bar quedó casi desierto. Arenas se acercó a Vicente.

—¿Qué ha sido de Acisclo? —le preguntó.

—Ha muerto hace un par de horas —repuso Vicente—. Creí que lo sabía.

—¡Pobre diablo! ¿Sería cierto que vio cambiar el funcionamiento del faro?

—Seguramente, no.

—Y a propósito. ¿Quién se cuida del faro?

—Nadie mientras no se estropea. No necesita cuidado alguno —replicó Vicente—. Hace más de cuatro meses que no vienen a revisarlo.

Arenas afirmó con la cabeza.

—Me voy a dormir —dijo—. Estoy cansado.

Cruzó por la terraza para dirigirse a su habitación. La pista estaba llena de parejas. Sentado cómodamente, Parry charlaba con dos o tres muchachas, esperando la hora de su cita con Carmen.

Arenas entró en la habitación y se preparó para su expedición nocturna.

VI

S

ALIÓ de la pensión saltando la alambrada que se extendía sobre el bajo parapeto de piedra, encaminándose hacia el puerto.

Todo estaba a oscuras. Sólo la luna iluminaba el camino hacia el puerto, por el cual se movía el agente como una sombra.

Hasta sus oídos llegó el rumor de la música procedente de la terraza y lanzó un suspiro al pensar en Danielle.

La gasolinera estaba amarrada al muelle, debajo de la plataforma de embarque de sal. Arenas saltó a ella y desató la amarra.

Para apartarse del muelle utilizó los remos. No quería llamar demasiado la atención, pero en cuanto se encontró en la bahía puso el motor en marcha.

El mar estaba tranquilo como un espejo. La luna se reflejaba en su superficie, rielando en la estela espumosa de la motora.

Arenas la condujo sin prisa alguna hacia la entrada de la bahía. Cruzó ante el islote de los ratones y siguió adelante.

Poco después se encontraba ante el faro, que lanzaba sus guiños a la noche, como dijera Vicente: dos guiños cortos seguidos de uno

largo, un intervalo de ocho segundos y vuelta a empezar.

Utilizando los remos se apartó del islote rocoso, alejándose mar adentro.

El faro era fijo y Arenas desvió la motora de la zona que iluminaba su cono de luz. Encendió un cigarrillo y esperó pacientemente.

Lejos, a la izquierda, divisaba las luces de algunas casas de la isla de Ibiza. A su derecha más cerca, las de La Sabina, mientras el resto de Formentera permanecía en la oscuridad.

Cambió de postura varias veces, para evitar el entumecimiento de los miembros, encendió otro par de cigarros y miró al reloj.

—La una —murmuró.

La luna estaba muy alta. Una hora más y se retiraría en busca de Parry.

El aburrimiento le daba sueño y nada parecía indicar que fuese a suceder algo.

El faro seguía lanzando sus guiñadas. Julio se entretuvo.

—Una, dos, tres —contó rápidamente—. Una —contó hasta doce y el ritmo de las guiñadas volvió a repetirse.

—Bueno —se dijo—. Tal vez le toque a Parry...

Se detuvo en medio de la frase. Estaba mirando fijamente al faro, cuando de pronto se percató de que llevaba más de ocho segundos sin dar una guiñada.

Arenas se envaró. Clavó los ojos en la punta de la enhiesta torre que se dibujaba contra el cielo y esperó.

No mucho. Cinco o seis segundos tal vez. Luego el faro inició una serie de rápidos guiños. Parecía, que estaba loco y que emitía sin orden ni concierto. Julio murmuró:

—Corto, largo, corto largo...

Aquella sucesión de guiños se repitió una docena de veces. Diez espacios cortos de luz e intercalados entre ellos otros diez un poco más largos.

—Que me maten si no es una señal —se dijo.

Tras un corto intervalo de sombras el faro comenzó a guiñar de nuevo, pero tampoco en su frecuencia habitual. Arenas, que observaba desde la distancia con los nervios en tensión, se percató inmediatamente de que transmitía en Morse.

—Re... ci... bido... men... saje... —Captó—. Os espe... ramos...

maña... na.

Eso fue todo. El faro se apagó de nuevo y, tras una corta pausa volvió a encenderse, emitiendo haces de luz con la frecuencia registrada en el código internacional. Parecía que nada había sucedida y, sin embargo, una intensa conmoción se apoderó del agente español.

—¿A quién esperarán? —se preguntó.

No era difícil conjeturarlo. Tal vez el día siguiente era el acordado por los forajidos para retirar la grifa del islote de Espardell.

Los guiños del faro eran recogidos con toda probabilidad desde algún punto de la costa de Ibiza, distante cuatro millas del islote.

Durante breves segundos dudó acerca del camino a seguir, y al fin se decidió a remar hasta la roca donde se asentaba el faro.

Era preciso actuar con rapidez. Si había ido allí era un hombre sólo podría reducirlo a la impotencia, llevarlo a Formentera y obligarle a confesar cuánto les interesaba.

Si eran dos o más, tal vez le conviniese mantenerse oculto, cerciorarse de que se dirigían a Espardell y tener una conferencia con Parry acerca de lo que debían de hacer.

La motora se deslizó por las negras aguas hacia la roca, impulsada por los remos, que Arenas movía silenciosamente.

No tardó en alcanzar la roca. Dejó la motora entre dos enormes peñascos que sobresalían del agua, largó cuerda hacia la costa y puso encima de ella una piedra de gran tamaño, para evitar que la marea se llevase la embarcación.

Lentamente escaló la roca hacia el faro, gateando por ella con pies y manos, y cuando llegó arriba se aplastó contra el suelo, observando atentamente una de las esquinas posteriores del edificio.

Apenas un par de minutos después, un hombre apareció en ella y descendió la pendiente.

Su silueta era perfectamente visible. Seguramente había dejado la embarcación que lo llevó hasta allí, anclada en algún punto de la roca que daba hacia el estrecho que la separaba de Espalmador.

Arepas lo siguió con precaución. El otro no tardó en llegar junto a un bote de gran tamaño, que se balanceaba suavemente sobre las aguas.

Debía ser Henry Cloud. Sólo él, de entre los miembros de la banda de traficantes entendía lo suficiente para producir aquel cambio en el ritmo del faro según su ficha policíaca, que indicaba que en la guerra mundial había sido señalero de barcos.

Henry desató el bote de la estaca a la cual estaba amarrado y se disponía a echar la cuerda sobre él, cuando la voz dura de Arenas sonó a sus espaldas, en francés:

—¡Quieto! ¡Levante los brazos!

El forajido obedeció con presteza al sentir en sus riñones la presión de algo duro que no podía ser más que una pistola.

—¡Eh bien, *monsieur*! —dijo con voz temblona—. ¿Qué es lo que se propone?

—Ya lo sabrá.

Las manos de Arenas recorrieron diestramente su cuerpo, constatando que no llevaba armas.

—Suelte esa cuerda del bote —ordenó.

Su intención era atar las manos del francés para conducirlo hasta la motora. Henry se inclinó levemente. Arenas, todo ojos, no perdía de vista ni el menor de sus movimientos.

Tan pendiente estaba de Henry que no se percató de que dos hombres más descendían la corta pendiente, con el cuerpo inclinado hacia adelante.

De pronto echaron a correr hacia abajo. Cuando Arenas se volvió hacia ellos, estaban a seis pasos de distancia, encañonándole con sendas pistolas.

—¡No se mueva! —masculó uno de ellos—. ¡Tire la pistola!

Arenas mordióse el labio inferior. Para sus adentros se lanzó una serie de insultos dirigidos contra sí mismo por haberse dejado sorprender de aquella manera. La sombra del fracaso cruzó velozmente ante sus ojos y rechinó los dientes.

En el momento en que, desoyendo la segunda advertencia de Ferath, se disponía a apretar el gatillo, Henry cargó sobre él, retorciéndole furiosamente la muñeca que sostenía el arma.

La pistola cayó sobre la roca. Cloud se apoderó de ella y lanzó una carcajada de triunfo, mientras Arenas jadeaba penosamente, más a consecuencia de la furia que le embargaba que de otra cosa.

Ferath se acercó a él, mientras sus secuaces le encañonaban.

—¿Quién eres? —le preguntó en francés.

—No comprendo —replicó Arenas en español, deseando ganar tiempo.

—No le hagas caso —masculló Henry—. Habla francés.

—Es igual. También yo hablo español. ¿Quién eres? —volvió a preguntar Ferath, en este idioma.

—Policía —replicó Arenas.

Pensó que era inútil tratar de ocultarlo, porque los otros no tardarían en deducirlo por sí mismos. Una triple exclamación de asombro coreó sus palabras.

—¡Policía! —Casi aulló Addel—. ¿Qué haces aquí?

Arenas no sentía la menor tranquilidad. Pensó que debía de dar la impresión de que actuaba solo.

—Oí las palabras de Acisclo antes de morir —repuso—. Pensé que tal vez no estuviese borracho cuando aseguraba que hace dos o tres noches el faro emitió unas señales distintas de las corrientes y vine a echar un vistazo. Ahora sé que estaba en lo cierto. Lo matasteis vosotros.

—Sí —masculló Ferath—. Murió como vas a morir tú. Despeñado. Todo el mundo creerá que ha sido otro... accidente, pero antes —algo se cocía en el cerebro de Ferath—. Sube al bote —ordenó.

—¿Para qué? —preguntó Arenas.

—Antes de liquidarte quiero averiguar qué es lo que sabes y lo que ignoras. Es mucha casualidad que un policía español esté en Formentera de vacaciones precisamente... ahora.

—Yo no he dicho que estuviese de vacaciones —replicó Arenas.

—¿Ah, no? Entonces, razón de más para que tú y yo charlemos unos minutos —replicó Ferath—. ¡Al bote!

Arenas penetró en él detrás de Addel, que se sentó en la proa de la embarcación, empuñando los remos. Henry y Ferath subieron después.

—Adelante, Addel —ordenó el árabe.

—¿Dónde me llevarán? —preguntó Arenas.

—¿En serio no lo sabes? —preguntó Ferath.

—¿Cómo he de saberlo?

El árabe rió extrañamente y Arenas dudó de que le hubiese convencido de la ignorancia que pretendía alegar.

A Addel le costó cierto trabajo sacar el bote del estrecho, debido

a los remolinos y corrientes del agua, pero al fin lo consiguió y, tras doblar una última punta rocosa, dirigió la embarcación hacia la mole de Espardell, que se alzaba a corta distancia, como la joroba de una ballena.

—¿Entonces, tenéis la grifa en Espardell? —preguntó Arenas—. ¡Qué idiota he sido! Debí figurármelo.

Los ojos de los tres forajidos relampaguearon. Aquellas palabras indicaban que aquel policía no se encontraba en Formentera por casualidad, sino que la Policía española seguía el rastro del cargamento de grifa sacado de Argelia.

Sin embargo, ninguno de ellos hizo el menor comentario en algún idioma que comprendiese Julio.

Espardell estaba cerca y guardaron silencio. Henry relevó a Addel en los remos y metió el bote por una angosta boca, que constituía la entrada de una pequeña ensenada de reducida anchura.

En el fondo de ella había anclada una embarcación de mayor tamaño, que Arenas supuso sería el «Joven Luis», robado en Cherchel.

El bote se detuvo a su lado, y los cuatro hombres saltaron a tierra, encaminándose hacia las rocas que cerraban la ensenada por su parte posterior.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

—Somos nosotros, Absalom —repuso Ferath—. No enciendas la luz.

Arenas miró a su alrededor. Frente a él y a su derecha se alzaban algunas rocas que ocultaban aquella rada de miradas indiscretas desde el mar, pero hacia tierra, por su izquierda, el terreno ascendía en suave curva, cubierto de rocas.

Tal vez por aquel lado...

Mientras Absalom hacía unas cuantas preguntas en excitado tono, el agente saltó de improviso.

—¡Cuidado! —chilló Henry.

Arenas le propinó un empujón que le lanzó contra Ferath. Los dos hombres perdieron el equilibrio, y antes de que pudiesen recuperarlo, Absalom y Addel se precipitaron detrás del agente, que corrió cuesta arriba desalado, seguro de que sus enemigos no utilizarían las pistolas.

Pero se engañó. Sintió a sus espaldas, casi inaudible, un plop ahogado, y algo zumbó cerca de su cabeza.

—Llevan silenciadores en las pistolas —pensó.

Alcanzó la cima de la pendiente. Espardell tenía apenas un cuarto de milla de anchura y distinguió al otro lado la estrecha lengua de mar que lo separaba de Espalmador.

Si podía lanzarse al agua estaría a salvo. La distancia entre ambos islotes era de media milla y no constituiría un serio obstáculo.

Otros dos proyectiles silbaron cerca de su cabeza, cuando Addel y Absalom aparecieron en la cima de la pendiente.

Julio corrió con toda la velocidad que le prestaba su desesperación. Su respiración comenzó a hacerse agitada, pero estaba dispuesto a lanzarse al agua, aunque se quedase en el camino.

Alcanzó el corto llano que llevaba hasta la orilla y comenzó a desabrocharse el pantalón, mientras corría, para despojarse de él apenas se hundiese en el mar; pero no llegó a alcanzar su objetivo.

Dos sombras humanas, Ferath y Henry, se interpusieron de pronto entre él y la línea azulada que constituía su meta.

Arenas se detuvo en seco. Y cambió la dirección de la huida, pero Ferath apretó el gatillo sin vacilar y Arenas sintió un brusco topetazo en el brazo izquierdo, como si un dardo hubiese penetrado en él.

Una dolorosa corriente eléctrica le atenazó el brazo, el hombro y el cuello; Henry saltó hacia él como un tigre.

Julio intentó detener el golpe con el brazo sano, pero el francés hizo una hábil finta y le golpeó la mandíbula con la culata de la pistola.

El agente lanzó un gemido de dolor y sus rodillas se doblaron. Presa de la furia, Henry fue a golpearle de nuevo, pero Ferath detuvo su brazo.

—¡Quieto! —masculló—. Lo quiero vivo.

Arenas sacudió la cabeza, cuyo dolor era intolerable. Pasóse la mano derecha por el rostro y Ferath masculló:

—Otra vez que lo intentes te mataré como a un perro.

—Es lo que vas a hacer de todas formas —gruñó Arenas.

—Eres un chico listo. No te queda mucha vida, pero antes vas a

cantar al son que yo toque.

Su vida pendía de un hilo. De un delgadísimo hiló que Ferath podía romper en cualquier momento.

Addel y Absalom llegaron junto al grupo, y los cinco emprendieron el regreso. Pocos minutos después se encontraban en el centro de un ancho círculo arenoso, rodeado de altas rocas, donde los forajidos habían instalado provisionalmente su campamento.

—Déjate caer ahí —ordenó Ferath—. Atadle los pies.

Henry le ató los pies con fuerza y la cuerda se incrustó en los tobillos del agente, aumentando el dolor que atenazaba su cuerpo.

Los otros tomaron asiento a su alrededor, en la oscuridad, y encendieron cigarros. También estaba allí Amhed con su brazo en cabestrillo.

—Ahora vamos a charlar un rato —dijo Ferath. Arenas se dijo que le convenía ganar tiempo. Tal vez Parry no dejase de ir en su ayuda.

—De manera que policía, ¿eh? —dijo Ferath—. ¿Cómo supieron que estábamos aquí? —preguntó.

Julio no cayó en la trampa.

—¿Crees que si lo hubiésemos sabido me habrían enviado a mí solo a investigar? —preguntó a su vez.

—Entonces...

—El Gobierno francés debió ponerse en contacto con el mío —repuso Arenas—, pero ignoraban el sitio exacto donde pudierais encontraros, aunque sospechaban que habíais encontrado refugio en alguna de las islas Baleares. Conque mis jefes enviaron varios agentes a las distintas islas con la orden de vigilar con atención, y yo tuve la suerte... Bueno... Yo os encontré.

—Vas a encontrar la muerte, que no es lo mismo —repuso Henry.

—Lo supongo, pero tampoco vosotros escaparéis a ella.

Absalom debió de entenderle y se abalanzó sobre él, abofeteándole el rostro, hasta que Ferath le contuvo.

—Ya está bien —gruñó—. Eso es lo que dice él, pero no lo que fatalmente tenga que suceder.

—Mátalo cuanto antes —gruñó Amhed, en árabe—. Es peligroso.

—¿Peligroso? Está herido y atado. El miedo os quita el sueño —

se burló Ferath. Habló en español—. Mis amigos quieren liquidarte ahora mismo, ¿qué te parece? —Arenas no contestó—. Sin embargo, aún tienes unas horas de vida —continuó el árabe—. Pocas. No te hagas ilusiones. No tardará en llegar alguien que dispondrá de ti.

Arenas sabía quién era ese alguien. El tipo que tal vez manejase aquel tinglado en Europa. El que recibía los envíos de grifa que se le hacían desde Marruecos. Un eslabón más, tal vez el último de aquella importante cadena de traficantes en el peor de los venenos que corroía y mataba moralmente a la juventud de varios países. Quiso desviar la conversación y preguntó:

—¿Cómo me sorprendisteis en la roca del faro?

—Henry y yo estábamos en él —repuso Ferath—, pero Addel te vio remar hacia el peñón. Pensé que si nos veías a los tres, no te acercarías y por eso envíe a Henry por delante.

Arenas apretó los dientes, reconociendo que habían sido más inteligentes que él en aquella ocasión.

—Has sido muy listo, Ferath —repuso—, pero no te va a servir de nada.

—Darías cualquier cosa por atraparnos, ¿verdad? —sonrió el árabe. Agregó con rapidez—: No me vengas con monsergas acerca de nuestro negocio y todas esas estupideces. Cada cual se gana la vida como quiere o puede.

—Tú te la ganas matando lentamente al prójimo.

—A los imbéciles, querrás decir. A los que buscan un paraíso para mitigar su dolor o simplemente por vicio, yo se lo proporciono por unas cuantas monedas. Aún deben de estarme agradecidos.

Ferath sonrió cínicamente, y sus compañeros le corearon. Arenas replicó:

—Algún día os colgarán a todos o moriréis de peor manera aún. Y no sólo por traficar con grifa, Ferath, sino por asesinos. Habéis matado a tres hombres y están clamando venganza.

Ferath lanzó otra risotada.

—Pues tendrán que esperar mucho tiempo —repuso.

Absalom rió también, pero murmuró para su capote:

—¡Que Alá te oiga!

VII

P

ARRY y Carmen caminaban silenciosamente carretera adelante. A lo lejos parpadeaban algunas luces débiles y mortecinas.

En unos momentos, los dos jóvenes se habían sentido más cerca el uno del otro. Parry supo que Carmen estudiaba en Ibiza durante el invierno y al cerrar sus aulas la Escuela donde se preparaba para ser maestra, marchaba a Formentera para ayudar a su padre en la pensión.

Aquello explicaba su cultura y Parry sintióse satisfecho de la muchacha, cuyos ojos negros brillaban a la luz de la luna.

Parry tomó una mano de la española.

—Carmen —murmuró.

La muchacha volvió el rostro hacia él. Su sonrisa le pareció al agente del

F. B. I.,

la más dulce que había contemplado hasta entonces.

Sintió deseos de besarla, pero se contuvo al recordar que en España el amor no caminaba con la misma rapidez que en otros países que conocía.

—Yo —dijo—. Ahora sé que no vine aquí por casualidad. Me trajo el Destino para conocerte.

—Te quiero —murmuró Parry.

La tomó de la barbilla con una mano. Carmen se aferró a su brazo.

—No, Parry —murmuró—. Aún no, por favor. Yo... creo que te quiero también, pero... —Bruscamente se puso en pie—. Volvamos —dijo con un suspiro—. Es muy tarde y mi padre estará intranquilo.

—Mañana hablaré con tu padre —dijo Parry—. Quiero casarme contigo.

—¿No te parece demasiado pronto? Apenas nos conocemos.

—Yo tengo la impresión de que te conozco de toda la vida —repuso Parry.

—Pero no es cierto. Tal vez te arrepintieses algún día.

—¿Arrepentirme? Oye, nena. Parry Burger no se arrepiente jamás de las decisiones que toma. Cuando ingresé en el F. B. I.

—Se detuvo bruscamente y Carmen alzó los ojos hacia él.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—La... la empresa donde trabajo, eso es. Se dedica a... a negocios —replicó Parry—. Bueno. Pues todos decían que aquello no era para mí. Yo actué contra la opinión de mi padre y no tengo de qué arrepentirme.

—El matrimonio es más serio que los negocios. Yo soy católica, Parry. En España no existe el divorcio.

Cuando llegaron a la pensión, algunos bailarines contumaces continuaban en la pista. Otros se habían trasladado al bar Bahía, del cual llegaban sus voces cantando canciones francesas.

Los dos jóvenes se despidieron y Parry tomó un par de copas en el mostrador. Era la una y Vicente no tardaría en hacer sonar el cuerno que anunciaba que sé disponía a apagar las luces, deteniendo el grupo electrógeno.

Lo hizo media hora después. Los franceses fueron llegando en grupos o en parejas, retirándose a descansar, aunque algunos continuaron un rato aún junto al mostrador.

Cerca de las dos de la madrugada de una noche caliente y sexual, Parry entró en su cuarto con un hondo suspiro, tendiéndose sobre la cama.

Pensaba en Carmen y en Arenas. Su adormilado cerebro saltaba al recuerdo de uno y otro alternativamente y sonrió al recordar las palabras de Legell:

«Ten cuidado, muchacho. Las españolas son canela fina».

—Acertaste, François —murmuró.

Sin proponérselo se quedó adormilado, despertándose al cabo de largo rato con la sensación de que algo anormal sucedía. Encendió la linterna y miró el reloj.

—Las tres y media —murmuró—. Y Julio no ha regresado.

Tendióse de nuevo, pero no pudo conciliar el sueño. Le embargaba una intranquilidad imprecisa, una especie de admonición que ya le había asaltado otras veces, anunciándole el peligro.

Sin poderse dominar se puso en pie, salió de la pensión, saltando por encima del alambre de la pared que la separaba de los terrenos colindantes y se encaminó hacia el puerto.

Parecía que el mundo se había terminado. No brillaba una sola luz, ni un rumor, ni siquiera el ladrido lejano de algún perro rompía la paz de la noche.

Parry llegó hasta el muelle, buscando con la vista alguna embarcación que pudiera servir a sus propósitos, pero no la encontró.

Sólo media docena de barcas de remos se mecían suavemente sobre las aguas, pero su impaciencia era demasiado grande ya para determinarse a perder dos horas remando en una de ellas hasta el islote.

De pronto tuvo una inspiración. Volvió a la pensión, saltando de nuevo el alambre que se extendía sobre la cerca. Cruzó la terraza y llamó a la puerta del dormitorio de Vicente.

Tardó unos segundos en obtener respuesta, después de insistir un par de veces en la llamada.

—Vicente —dijo—. Salga. Lo necesito a usted.

No sabía si el dueño de La Sabina podría entenderle, pero cuando aquél apareció en la puerta, restregándose los ojos, Parry le dijo en un chapurreado francés, inglés y español.

—Carmen... Quiero verla. Llámela.

Vicente parpadeó, sorprendido.

—¿Qué quiere? —preguntó a su vez, receloso.

—Ver al jefe del destacamento de Carabineros —replicó Parry—. Carmen me entiende...

—Y yo también —replicó Vicente—. Espere un momento —penetró de nuevo en su cuarto y no tardó en aparecer otra vez—. Vamos —dijo.

Los dos hombres abandonaron de nuevo la pensión. La casa cuartel de los carabineros se encontraba en el pueblo, pero había siempre un par de ellos en la sección del muelle. Durante el camino, Vicente le preguntó:

—¿Qué quiere? ¿Qué sucede?

—Necesito urgentemente una embarcación rápida —replicó Parry—. Ellos pueden dejarme su motora.

—Dudo que lo hagan, pero en fin...

Vicente no parecía sentir curiosidad alguna. Descargó algunos golpes sobre la puerta de la seccional y, transcurridos unos segundos, una voz de hombre preguntó algo en dialecto balear al otro lado de la puerta.

—Soy Vicente —fue la respuesta—. Abre, Pedro.

Pedro no debía de estar acostumbrado a que lo despertasen a aquellas horas. En Formentera no sucedía nunca nada que requiriese sus servicios y el carabinero se había adaptado a la tranquilidad que reinaba en la isla.

Abrió la puerta. Estaba en mangas de camisa y tenía el pelo revuelto. Les franqueó la entrada a la estancia que hacía las veces de oficina, iluminada por una vela de cera.

—¿Qué sucede? —preguntó a Vicente, aunque miraba a Parry.

—El señor se encuentra en un apuro. Quiere que le prestéis la motora.

Un gesto de extrañeza se reflejó en el semblante del carabinero.

—¿Para qué la quiere? —preguntó.

Vicente trasladó la pregunta a Parry.

—Dígale que soy policía de los Estados Unidos —replicó el americano—. Agente del

F. B. I.

Mi compañero pertenece a la Policía española...

—¿Don Julio? —preguntó Vicente asombrado.

—Sí. Salió a vigilar el faro y tenía que haber regresado hace dos horas. Temo que le haya sucedido algo.

Vicente tradujo rápidamente a Pedro las palabras de Parry. El carabinero debió de comprender bastante o, en otro caso, su viveza de meridional le hizo percatarse rápidamente de la situación.

—Dile que espere unos segundos —dijo a Vicente.

No fueron muchos más los que tardó en calzarse las botas, coger unas llaves, echarse el fusil al hombro y salir hacia el muelle con los dos hombres.

La motora de los carabineros era amplia y fuerte. Estaba destinada a la represión del contrabando y seguramente alcanzaría grandes velocidades.

Pedro saltó a ella, iluminando el motor con su linterna.

—Suba —dijo a Parry.

—¿Va a venir él? —preguntó el yanqui a Vicente.

—Sí —replicó éste—. Y yo también. Si hay que echar una mano...

—No —se opuso Parry—. Usted, al menos, no puede venir. Puede haber peligro.

—¿Peligro de qué?

—¿Por qué cree usted que vigilábamos el faro? —preguntó Parry—. ¿Por divertirnos? Hay unos tipos acampados no lejos de aquí, probablemente en Espardell, que mataron a Acisclo.

Vicente lanzó una exclamación de sorpresa. Lleno de excitación tradujo a Pedro aquellas palabras. El carabinero repuso algo y Vicente se volvió hacia Parry.

—Dice que debo ir con ustedes. Durante muchos años he pescado por estas aguas y las conozco como mi propia casa.

Parry accedió a regañadientes. Los tres hombres se acomodaron en la gasolinera y Pedro puso el motor en marcha, empuñando el timón.

La embarcación se deslizó sobre las aguas, proa a Espalmador, levantando una cola de espuma. Apenas diez minutos más tarde se encontraban ante el islote, pero por más que exploraron el mar no encontraron el menor rastro de Julio Arenas ni de la motora que había utilizado para llegar hasta allí.

La aurora comenzaba a iniciarse por el Este, en forma de una delgada y pálida línea que se ensanchaba lentamente. Los agudos ojos de Vicente examinaban cualquier resquicio de la roca. De pronto, dijo:

—Para el motor, Pedro.

El carabinero obedeció. Vicente tensó el oído.

—¿No oyen? —preguntó.

Pedro y el americano escucharon atentamente. Hasta ellos, perfectamente audible, llegó un ruido, que se repetía con cierta periodicidad, como si algo chocase contra las rocas. Pedro puso proa hacia allí y la motora siguió adelante, impulsada por la inercia.

—Es una barca —dijo Vicente.

Parry y él saltaron a tierra y el americano no tardó en reconocer la motora utilizada por Arenas. Miró temerosamente los sombríos acantilados que se recortaban sobre sus cabezas y gritó:

—¡Julio!

No obtuvo respuesta alguna.

—¿Qué le habrá ocurrido? —preguntó Vicente.

—No lo sé —replicó Parry—, pero mucho me temo que la respuesta a esa pregunta no esté aquí, sino en Espardell.

—¿Supone que lo sorprendieron?

—Sí. Eso temo.

Vicente desató la motora y saltó a la gasolinera de Pedro con la cuerda en la mano. Mientras explicaba al carabinero lo sucedido, ató la embarcación a la popa de la gasolinera. Parry llegó junto a ellos.

—Voy a ir a Espardell —dijo.

—Y nosotros con usted —repuso Vicente.

—No. De ninguna manera —se opuso el agente del

F. B. I.

—. Se lo agradezco, pero no puedo aceptar.

—Pero ¿cómo va a ir? ¿A nado?

—Sí. No hay otra solución —repuso Parry—. Si utilizamos la gasolinera pueden... —De pronto se detuvo—. Oiga, en la motora que trajo Arenas hay dos remos. No lo he recordado hasta ahora.

—Aun así es un suicidio —dijo Vicente.

—No tanto como creen. Ustedes pueden ir a San Francisco y regresar con refuerzos —dijo Parry—. Mientras tanto, yo procuraré hacer algo por Arenas... si es que algo puede hacerse.

Pedro no se mostró demasiado conforme con aquel programa.

—Puedes ir tú —dijo a Vicente—. Me parece peligroso que ese hombre vaya solo a Espardell. Yo le acompañaré.

Vicente se lo dijo a Parry. El agente comprendió que Pedro estaba decidido a hacer lo que se proponía y no insistió. Por otra parte, conocía el valor de aquella fuerza pública, el alto concepto que tenía de su deber y su instrucción en el uso de las armas de fuego.

—Como quiera —dijo.

Saltó a la motora, seguido de Pedro, quien desató la amarra, apartando la embarcación de la gasolinera, y tomaron un remo cada uno, poniendo a contribución sus fuerzas, seguidos por los negros ojos de Vicente.

Cuando doblaron el recodo del islote, Vicente puso en marcha la gasolinera de los carabineros y se alejó hacia Formentera, mientras los dos hombres remaban en silencio hacia Espardell.

La mole del islote sobresalía de las aguas como el lomo de un gigantesco cetáceo. Más allá, la aurora comenzaba a perder su timidez inicial, haciendo palidecer a las estrellas.

Pedro y el yanqui remaron con rapidez, impulsando fuertemente a la embarcación sobre la misma ruta que poco antes había recorrido Julio, apresado por los forajidos.

Silenciosamente, llegaron a las primeras rocas. Mientras la luz del día comenzaba a iluminar el mar, transformando su color, los dos hombres saltaron a tierra y Pedro mantuvo en sus manos la cuerda de la amarra. Parry examinó al abrupto terreno, salpicado de piedras volcánicas, que se extendía ante él y dijo:

—Espere aquí. Es mejor que nos separemos.

Se ayudó por señas para hacerse comprender. El carabinero sonrió, afirmando con la cabeza, y Parry se fijó en su fusil, un Máuser de gran alcance y potencia.

Llevaba la pistola en el bolsillo de su pantalón y, no deseando exponerse, la empuñó con la mano derecha, apartándose del carabinero.

La claridad iba en aumento poco a poco. Las rocas que sembraban el abrupto y descarnado suelo del islote presentaban agudas puntas y aristas, pero también ofrecían refugio a un hombre.

Avanzó con la vista fija en un grupo de altas rocas que se levantaban ante él, donde no parecía existir vida alguna. Las aves voraces graznaban sobre su cabeza y fuera de sus graznidos y del ruido del mar al embestir contra los acantilados, nada turbaba la

paz.

Sin embargo, Parry procuró avanzar hurtando el cuerpo a miradas indiscretas. Su pensamiento era encaramarse a la más alta de ellas, para poder observar toda la superficie del islote.

Pero cuando estuvo más cerca cambió de idea, al percibir el sonido melodioso de una canción monótona, una especie de melopea mora, que le hizo tensar los músculos y los nervios.

El hombre que silbaba la canción apareció ante los ojos del agente, saliendo de detrás de las rocas.

Parry lo vio perderse por la pendiente que bajaba hacia la costa y sintió inquietud por Pedro.

Tenía que actuar rápidamente. Si aquel hombre descubría la motora y sorprendía al carabinero, la situación tomaría tintes negros para él.

De una rápida y silenciosa carrera llegó hasta la base de una de las rocas y se detuvo a su lado, conteniendo la respiración.

Varios hombres hablaban en árabe al otro lado de la enorme piedra. Parry se asomó cuidadosamente y vio a Ferath y a Henry.

Estaban sentados en sendas piedras, lo mismo que otro hombre que le volvía la espalda. Más allá vio a Arenas, sentado en el suelo, con un rictus de dolor en los labios y la espalda apoyada contra otra roca de las que formaban aquella especie de circo arenoso.

Rápidamente, tomó una decisión. Tres hombres no eran demasiados, contando como contaba con el factor sorpresa. El más peligroso, sin duda alguna, era el que acababa de separarse del grupo.

Reptando por el suelo se acercó a la roca en la cual se apoyaba la espalda de Julio. Una vez allí, extrajo una navaja del bolsillo.

Su plan era audaz. Antes de surgir por sorpresa ante los forajidos debía cortar las ligaduras que sujetaban a su compañero para aumentar sus probabilidades de fuga.

Se disponía a alargar el brazo, cuando sonó un grito de alarma y el hombre que momentos antes se había alejado hacia la costa, surgió ante sus compañeros con el rostro demudado.

—Hay una motora ahí —dijo, excitado.

Ferath se puso en pie de un salto. Detrás de la roca, Parry dejó la navaja y empuñó la pistola otra vez con la mano derecha. No entendía mucho el árabe, pero por lo que entendió y el gesto del

recién llegado, dedujo que había descubierto la gasolinera.

Ferath dio unas órdenes rápidas. Preguntó a Addel:

—¿No has visto a nadie?

—No —repuso el árabe—. Tal vez sea de algún excursionista.

—De todas formas es un estorbo. Los otros están al llegar.

Addel afirmó con la cabeza. Ferath se dirigió a Henry y a Amhed.

—Vigilad a ése —dijo—. Vosotros, venid conmigo.

Seguido de Addel y Absalom abandonó el grupo de rocas y Parry volvió a su plan primitivo.

Henry le daba la espalda. Amhed estaba semi vuelto, mirando hacia el mar con la inquietud reflejada en el semblante.

Parry asomó ligeramente la cabeza y se dio cuenta de que Arenas no tenía las manos atadas, sino solamente las piernas.

De pronto se puso en pie y saltó fuera de la roca, corriendo a paso de carga hacia los forajidos.

Tres zancadas fueron suficientes para encontrarse junto a Henry y descargarle un terrible culatazo en la cabeza, que hizo caer redondo al francés.

Amhed se puso en pie con presteza, llevándose la mano a la pistolera, pero la herida dificultaba sus movimientos y Parry se revolvió contra él.

El árabe intentó lanzar un grito de alarma. Parry le golpeó la boca con el puño, ahogando su grito a la vez que lo lanzaba contra Arenas.

Amhed chocó con sus pies y cayó al suelo, donde se rebulló como un gato, pero el agente español no perdió el tiempo y, antes de que Parry se acercase a Amhed, alargó los brazos, a la vez que hacía un escorzo con la cintura y le aferró al árabe por la garganta.

El brazo izquierdo le dolía de una manera intolerable, pero apretó los dientes y siguió sujetando y apretando la garganta de Amhed hasta que Parry llegó junto a él.

—Hola —dijo—. Ya sabía yo que vendrías.

De la costa llegó hasta ellos el tronar de un disparo, fuerte, potente como un cañonazo. Arenas se envaró.

—Pedro está haciendo de las suyas —dijo Parry.

—¿Quién es Pedro?

—Un carabinero —repuso el yanqui.

Amhed era una preocupación en aquellos momentos y le propinó un culatazo en la cabeza. Mientras caía al suelo junto a Henry, que comenzaba a reponerse del golpe, y volvió a enviarlo a la región de los sueños con otro culatazo sabiamente administrado.

—No es muy decente —dijo—, pero con estas alimañas no hay que tener consideraciones.

—No te disculpes. Estás en tu casa —repuso Arenas de buen humor.

Ahora que tenía probabilidades de seguir viendo salir el sol durante muchas mañanas, el dolor de la herida quedaba relegado a segundo plano.

—¿Puedes empuñar un arma? —preguntó Parry.

—Creo que sí —repuso Arenas.

—Quítasela a ése —indicó Parry, señalando el cuerpo de Amhed. Otros dos disparos de fusil llegaron a sus oídos. Parry decidió:

—Vigila a estos tipos, Julio. Voy a ayudar a Pedro.

Arrastraron a Henry y a Amhed detrás de la roca. Luego el yanqui se alejó del grupo.

VIII

P

EDRO amarró la gasolinera y se tendió en el suelo, detrás de unas rocas.

Poco después perdió de vista a Parry, pero no habían transcurrido dos minutos cuando un hombre alto, moreno, desconocido para él, surgió de entre las piedras, acercándose al lugar donde se encontraba el carabinero.

—¡Demonio! —masculló Pedro.

Su primera intención fue la de detenerlo, pero no lo hizo y aquél se acercó, a la motora.

Sólo lanzó una rápida mirada sobre la embarcación y salió corriendo, desandando el camino. Pedro se echó el fusil a la cara, pero no hizo fuego al pensar que tal vez a Parry no le conviniese que hiciera ruido.

Apenas unos minutos más tarde regresó el individuo, pero ahora volvía acompañado por otros dos hombres, y los tres empuñaban pistolas.

El carabinero pensó que aquello iba en serio y, decidido a aumentar la ventaja que le concedía su privilegiada posición, avanzó el fusil por encima de la roca, tomando por blanco a

Absalom, y apretó el gatillo.

El disparo sonó como un trueno. A aquella distancia, con semejante arma era, imposible no hacer blanco. Absalom lanzó un rugido de dolor y agonía y se derrumbó en el suelo.

Pedro accionó rápidamente el arma metiendo otro proyectil en la recámara, pero cuando se lo quiso echar a la cara, Ferath y Addel habían desaparecido.

Sólo Absalom, gravemente herido, se revolcaba ante él. El carabinero miró en todas direcciones sin observar el menor rastro de vida.

Tragó saliva. La paz que reinaba siempre en Formentera había abotargado sus aptitudes para la lucha, pero no sintió miedo alguno y se arrastró por el suelo, hasta situarse detrás de otra roca que se alzaba unas yardas detrás de la que ocupaba anteriormente.

Una vez allí esperó.

Estaba seguro de que los otros dos hombres intentarían situarse a sus flancos o a su espalda y se preparó para recibirlos dignamente.

Tenía a su favor la ventaja del mayor alcance del fusil, pero no pudo aprovecharla porque nadie se dejó ver.

De pronto, dos proyectiles se estrellaron contra la roca, muy cerca de su cabeza, sin que hubiese oído las explosiones. Pedro se volvió hacia aquel punto. Vio moverse algo ante él y disparó, volviendo a recargar el fusil.

Otro proyectil silbó junto a su oído derecho. El carabinero se aplastó contra el suelo y otra bala silbó sobre su cabeza.

Disparó hacia el otro lado, atrayendo sobre él una andanada de plomo. Las rocas le prestaban una protección casi perfecta, pero eran dos hombres contra él solo.

A oídos de Parry llegó claramente el sonido de un disparo de fusil. No oyó, en cambio, ningún disparo de pistola, y dedujo que los forajidos llevaban sus armas provistas de silenciadores.

Calculó el punto donde se encontraba la motora y se dijo que si Pedro estaba allí, los dos forajidos intentarían situarse a su espalda.

Entonces descubrió el cuerpo ya sin vida de Absalom y saltó a un lado, avanzando oculto por las rocas.

Pedro volvió a disparar y, como respuesta a su disparo, una explosión ahogada llegó a oídos del agente.

Alguien disparaba contra el carabinero a pocos pasos de él.

Buscó al forajido con la mirada, descubriéndolo pegado a una roca. Parecía estar abstraído en la destrucción de Pedro y no se percató de la presencia de Parry hasta que el agente tropezó, cayendo de bruces al suelo.

Addel se volvió como picado por un áspid. Parry no había perdido el arma en la caída. Vio al árabe encañonarle con su arma y se retorció en el suelo como un gusano, al mismo tiempo que Addel apretaba el gatillo.

El proyectil se hundió en el suelo junto al agente del
F. B. I.

Parry, sin perder tiempo, apoyó el codo en el suelo y disparó a su vez, alcanzando a Addel en el pecho.

El árabe soltó la pistola que empuñaba y una rosa roja comenzó a abrir sus pétalos de sangre sobre la blancura de la camisa. Llevóse la mano al pecho, masculló una maldición y cayó de rodillas al suelo.

Parry propinó una patada a la pistola, poniéndola fuera del alcance de su mano, y se pegó a la roca, mirando ante él.

En aquel momento, el fusil tronó a cien yardas de distancia y Ferath disparó a su vez.

A oídos de Parry llegó una especie de aullido que le heló la sangre en las venas.

Han matado a Pedro, pensó.

No podía ver a su enemigo desde el punto en que se encontraba y saltó detrás de otra roca.

En aquel momento, confiado tal vez por el grito de dolor del carabinero, Ferath se puso al descubierto y Parry disparó contra él.

La distancia era demasiado grande para que pudiese alcanzar al forajido. Ferath se deslizó rápidamente por entre las rocas y salió al sendero, corriendo hacia el punto donde tenía su improvisado campamento.

—¡Deténgase o disparo! —rugió el yanqui.

Ferath no hizo caso de la intimidación. Miró hacia atrás sin dejar de correr y sus pies tropezaron con un trozo de piedra, cayendo de bruces cuan largo era.

Parry saltó a su lado en dos zancadas. Vuelto boca arriba, el forajido contempló su rostro, respirando odio. Había perdido la pistola en la caída y Parry se apoderó de ella sin dejar de

encañonarle.

—Ahora levántese —dijo en francés—. La comedia ha terminado. Vamos, arriba —apremió, haciendo al mismo tiempo un expresivo ademán.

Ferath obedeció lentamente, con los labios apretados, sin apartar la mirada de los ojos de Parry.

De pronto, su mano derecha salió disparada hacia adelante, a la vez que el forajido saltaba hacia un lado y un puñado de tierra y piedrecillas se estrelló contra el rostro de Burger, que apretó el gatillo mecánicamente.

Fue como si hubiese recibido una bofetada en pleno rostro. El dolor y el escozor le obligaron a cerrar los ojos a la vez que disparaba y el proyectil salió desviado.

Ferath echó a correr. Estaba a cien yardas de distancia del campamento y gritó:

—¡Henry! ¡Henry! ¡Amhed!

No obtuvo respuesta a sus llamadas. Detrás de la enorme roca, Julio Arenas se apartó dos pasos de los forajidos, a quienes vigilaba pistola en mano, y tensó su vigilante actitud.

—Malditos borrachos —masculó Ferath.

A sus espaldas, Parry se restregó los ojos llenos de lágrimas. Al abrirlos entrevió la borrosa figura del forajido que se alejaba y siguió tras él, tambaleándose en el sendero.

Henry parecía una fiera dispuesta a lanzarse sobre Arenas. El agente español apretó los dientes y le hizo una seña para que guardase silencio.

Al otro lado de la roca, Ferath desembocó en el arenoso semicírculo limitado por las enormes piedras y se detuvo, sorprendido, al no ver a nadie.

—Henry —llamó.

No obtuvo respuesta alguna. Arenas hizo un ligero ruido con el pie y el forajido apareció ante sus ojos.

—No te muevas —le conminó el agente.

Ferath parecía una fiera acorralada. Sabía que Parry iba a llegar de un momento a otro. Si le daba tiempo a unir la amenaza de su pistola a la que empuñaba Arenas, desaparecería toda probabilidad de salvación.

De pronto, saltó fuera de la vista de Julio, que disparó

precipitadamente contra él, sin alcanzarle. Henry quiso aprovechar aquel momento e intentó emprender también la fuga, pero Arenas volvió la pistola hacia él con rapidez y lleno de ira apretó el gatillo por tres veces.

Los proyectiles clavaron a Henry a la roca. Mientras se derrumbaba en el suelo, casi sin vida, Arenas saltó junto al aterrado Amhed y le golpeó furiosamente en la cabeza, sin que el árabe hiciese resistencia.

Seguro de haberlo puesto fuera de combate, Arenas rodeó un par de rocas y miró ante él.

Ferath estaba junto al sendero, mirando a Parry, que avanzaba lentamente hacia él pistola en mano.

Con las piernas ligeramente dobladas, el cuerpo inclinado hacia adelante y los brazos adelantados también, con las manos abiertas, el árabe semejava un tigre dispuesto a lanzarse sobre su presa.

Parry se detuvo a diez pasos de distancia.

—¡Ríndele! —Gruñó.

Por toda respuesta, Ferath emprendió de nuevo la fuga hacia el punto donde esperaba Arenas.

El agente había calculado que el forajido trataría de alcanzar la motora robada en Argel y no se equivocó.

Ferath pasó a su lado. Era inútil conminarle a la rendición, porque el árabe sabía lo que le esperaba, y Julio apretó el gatillo, apuntándole a las piernas.

El rufián lanzó un aullido de dolor y cayó de bruces al suelo. Mientras Parry se unía a Arenas, se arrojó contra ellos como una furia del infierno, enganchando al americano por una pierna.

El agente del

F. B. I.,

se revolvió sobre sí mismo y le propinó un culatazo en la cabeza que acabó con las iracundas energías del árabe, derrumbándolo como si fuese un saco.

Parry se puso en pie, cogió a Ferath de un brazo y, ayudado por Arenas, lo arrastró hasta el campamento.

Henry estaba muerto y Amhed comenzaba a recobrar el conocimiento. Lo dejaron tendido junto a Ferath, y Burger dijo:

—Vigílalos. Voy a buscar a Pedro. Temo que lo hayan matado.

Salió de entre las rocas avanzando por el sendero, pero no dio

muchos pasos en él.

El carabinero avanzaba hacia las rocas, vacilante. Llevaba una mano puesta en la cabeza y Parry exhaló un suspiro de alivio al verlo. Avanzó hacia él, ayudándole a llegar junto a Arenas, que le preguntó:

—¿Qué le ha sucedido?

Una esquirla de piedra me hirió en la cabeza —replicó el carabinero—. Perdí el sentido. Lamento no haber podido... ayudar.

Arenas tradujo aquellas palabras al americano, que sonrió, a la vez que golpeaba la espalda de Pedro.

—Eliminó a uno de esos tipos —repuso—. ¿Le parece poco?

Pedro sonrió, como si lo hubiese comprendido. Parry examinó su herida y la de Julio, torciendo el gesto al advertir la inflamación del brazo del agente.

Cuando acabó de vendárselo cómo pudo, Amhed comenzó a dar señales de vida y Arenas se encaró con él. Resultó que el árabe hablaba francés, y, como el idioma era común a los tres, pudieron entenderse directamente.

El día comenzaba a avanzar, aunque el sol no había hecho aún acto de presencia sobre el islote. Fue Arenas quien preguntó a Amhed:

Ese tipo —dijo señalando al inconsciente Ferath— emitió anoche un mensaje por el faro. ¿A quién esperáis hoy?

Parry lanzó una exclamación de sorpresa. Arenas le explicó en breves palabras lo ocurrido durante la noche, cuando fue sorprendido.

Amhed guardó silencio. Parry le cogió de la pechera de la camisa. El árabe lanzó un gemido.

—Vamos, habla. ¿A quién esperáis? ¿A qué hora llegará aquí?

Nuevo silencio por parte del aterrado forajido. Miró a Ferath que comenzaba a abrir los ojos y Parry gruñó:

—Comprendo.

Golpeó de nuevo a Ferath con un plano de la culata de su pistola. El rufián lanzó un gemido e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Vamos —dijo Arenas—. Habla de una vez. Ya no puede oírte, aunque de todas formas sería lo mismo. ¿Para quién era ese mensaje?

—No lo sé —replicó Amhed—. Es cierto. Lo juro. Se trata de alguien que vive en Ibiza, pero no lo conozco. Es... francés —agregó—. Es todo cuanto sé de él.

—¿Cuándo va a venir?

—Esta mañana. No puede tardar. Traerá una motora para cargar toda la grifa.

—¿Por qué no utiliza la que os llevasteis de Argel?

—Por miedo a que alguien advierta que es robada. Ferath tenía pensado hundirla aquí mismo.

Parry y Arenas celebraron una pequeña consulta, cuyo resultado fue que el español se volvió hacia Pedro.

—Vicente debe de estar al llegar y quizá traiga refuerzos —dijo—. Si esos forajidos se percatan de su llegada, tal vez se apresuren a huir.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el carabinero.

—Vaya con la motora a su encuentro —decidió Arenas—. Pronto.

Pedro no se hizo repetir la orden. Parry le acompañó al punto donde estaba la gasolinera y el carabinero pasó a ella, poniendo el motor en marcha.

Antes de partir miró hacia el mar. A lo lejos, como pegada a la costa de Ibiza, pero en realidad a mitad del camino entre las dos islas, algo flotaba sobre el agua, dejando sobre la superficie del mar una estela blanca.

—Mire —dijo Pedro.

Parry fijó los ojos en aquel punto empuñecido por la distancia.

—Vamos, vamos —dijo en inglés, haciendo un movimiento con la mano.

Pedro alejó la motora de la costa, imprimió al motor mayor velocidad y desapareció de su vista. El yanqui regresó junto a Arenas, a quién dio cuenta del descubrimiento, provocando el fruncimiento de las cejas de Julio.

—¿Habéis acordado alguna contraseña para que se acerquen? —le preguntó.

—Sí —replicó Amhed—. Uno de nosotros haría ondear un trapo blanco, subido en alguna de estas rocas.

—Bien —dijo Arenas—. ¿Sabes cuántos vendrán?

—Lo ignoro. Tal vez tres... cuatro... No sé.

Los dos agentes volvieron a cambiar impresiones. Nunca como en aquel momento echaron tanto de menos un fusil ametrallador con el cual obtener la primacía de fuego sobre los forajidos.

Con toda seguridad, los recién llegados llevarían alguno. Tal vez una ametralladora, que, en caso de apuro, montarían sobre la proa de la embarcación.

—Tú encarámate a la roca —dijo Parry—. Examina antes tus armas.

Recogieron todas las pistolas de los forajidos, reuniendo un total de siete, con los cargadores repletos de munición, y Parry sonrió.

—Si conseguimos sorprenderlos...

—Eso es lo que hace falta. Buena suerte.

Los dos hombres se estrecharon las manos y Arenas se encaramó a la cima de una de las rocas, mientras Parry descendía hasta el borde del agua que bañaba la pequeña rada...

Desde allí vio a Julio enarbolar una camisa que hizo ondear en el aire.

Volvió sobre sus pasos y ordenó a Amhed, señalando a Ferath:

—Cárgate a ése al hombro.

—No puedo... Estoy herido...

—Vamos. Yo te ayudaré.

Amhed se echó a Ferath a la espalda con gran trabajo y, empujado por la pistola del agente del

F. B. I.,

bajó a la playa y se metió en el agua, avanzando con su carga hacia la motora robada.

El «Joven Luis» se mecía en las tranquilas aguas con su panza repleta de grifa. Parry subió el primero. Apenas puso el pie sobre cubierta, llegó a sus oídos el ahogado y rítmico pulso de un motor lejano.

—Aprisa —masculló.

Tomó a Ferath, dejándolo sobre cubierta, y obligó a Amhed a encaramarse también al «Joven Luis».

Una vez allí, los ató a conciencia.

El ruido llegaba a sus oídos cada vez más distinto. Arriba, sobre la roca, Julio Arenas continuaba enarbolando la camisa, haciéndola ondear.

Una motora de gran tamaño, del tipo de las llamadas golondrinas, empleadas para hacer excursiones entre las islas, enfiló la entrada de la ensenada.

Arenas dejó de ondear la camisa, se aseguró de que llevaba una pistola en cada bolsillo del pantalón y empuñó una tercera con la determinación reflejada en el semblante.

La golondrina pasó el estrecho que constituía la entrada a la bahía. Arenas la siguió con la vista y luego trasladó los ojos al «Joven Luis».

—¡Qué demonios...! —masculló.

Contra todo lo acordado, Parry estaba sobre la cubierta del barco, tendido de bruces en ella, en lugar de permanecer en la playa para dar a los forajidos la bienvenida que se merecían cuando abandonasen la motora.

Ésta pasó ante el «Joven Luis» sin que el americano se moviese, se detuvo en la playa y el motor dejó de sonar.

Dos hombres salieron de debajo de la toldilla de la golondrina y Arenas pensó con rapidez. Si nadie salía a recibirlos, podrían sospechar que acababan de meterse en una trampa.

—¡Eh! —gritó, moviendo los brazos—. Ya bajamos.

Habló en francés, queriendo dar la impresión de que todos los demás componentes de la cuadrilla estaban a su lado.

Uno de los hombres movió los brazos en respuesta a sus palabras. Julio contó hasta cuatro que saltaban de la motora, encaminándose hacia la playa con el agua por las rodillas.

En aquel momento, Parry entró en acción.

El motor del «Joven Luis» comenzó de pronto a atronar el ambiente y el americano empuñó el timón con decisión.

Los cuatro hombres se volvieron a mirar, sin sospechar lo que se les venía encima. Julio lo comprendió al instante y lanzó un subido de admiración.

Lo que Parry se proponía era, ni más ni menos, que hundir la golondrina, dejando a los forajidos aislados en el islote.

Era una excelente idea que sólo tenía un fallo. Si el «Joven Luis» se hundía, también ellos dos se encontrarían cogidos en la misma trampa de los forajidos... con escasas o nulas probabilidades de salir con vida de ella.

La motora fue adquiriendo velocidad, mientras se lanzaba en

línea recta contra la golondrina. Unos segundos después, los cuatro hombres estaban en la playa, presenciando ansiosamente el espectáculo.

Tal vez entonces comenzaron a percatarse de que algo anormal sucedía. Gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, pero fue inútil.

El «Joven Luis», impulsado por su poderoso motor, hendió las tranquilas aguas de la bahía, precipitándose contra la golondrina.

Un quinto contrabandista salió de ella en el momento preciso en que la proa del «Joven Luis» entraba violentamente en contacto con el casco de la motora de los forajidos.

El choque fue terrible. Burger ya lo esperaba y lo soportó sin soltar el timón, pero los empaquetados cuerpos de Amhed y Ferath rodaron por la cubierta.

La afilada proa del «Joven Luis» se incrustó en el casco de la embarcación pirata partiéndola en dos, como pudiera haberlo hecho un cuchillo. Luego la apartó a un lado y continuó hacia la orilla opuesta de la rada.

—¡Bravo! —gritó Arenas—. Ahora ven a buscarme.

Aquélla parecía ser la intención de Burger, pero no logró ponerla en práctica.

Ya había vuelto la motora, cuando ésta comenzó a escorar a estribor y Julio masculló una interjección.

—Alguna vía de agua —murmuró.

Miró hacia la playa. Los forajidos se habían percatado también de que algo le sucedía a la embarcación agresora y mantenían los ojos fijos en ella, empuñando sus armas.

La golondrina alcanzó el fondo, poco profundo, y quedó varada en él, cubierta por las aguas hasta la mitad del casco, inservible, herida de muerte.

Parry siguió aferrado al timón. Se daba cuenta de que el «Joven Luis» se hundía con su cargamento de grifa, pero aún quiso aprovechar sus últimos latidos.

Estaba en el centro de la bahía, con la proa apuntada hacia el sitio donde esperaba Arenas, cuando el motor dejó de funcionar, anegado sin duda por el agua.

—Ha llegado la hora —murmuró el agente del
F. B. I.

Dejó el timón y saltó a la cubierta. Amhed y Ferath clavaron en él sus ojos llenos de angustia y Parry sacó una navaja del bolsillo del pantalón.

—Está bien —rezongó—. No soy un asesino, de manera que no me queda más remedio que daros una oportunidad.

De sendos tajos cortó las ligaduras que sujetaban a los dos forajidos y se arrojó al agua por la borda.

En aquel punto había más profundidad que junto a la playa y Parry no llegó al fondo. Se despojó de las sandalias, colgándoselas al cuello cuando emergió de nuevo, y nadó vigorosamente hacia la costa.

Los hombres que estaban en la playa corrieron hacia el punto donde se dirigía Parry, enarbolando su armas. Sus intenciones resultaban tan evidentes que Arenas se mordió el labio inferior.

Más allá, Amhed acababa de desaparecer bajo las aguas, mientras Ferath nadaba hacia la playa.

—Otro enemigo —masculló Arenas—. Podía haberlos dejado hundirse con el barco —rezongó.

De un rápido vistazo se percató de la situación y no tardó en decidir lo que más le convenía hacer.

Fue a avisar a Parry del peligro que le acechaba, pero, al parecer, el yanqui se había dado cuenta ya de la presencia de los forajidos, corriendo por la orilla del mar, y cambió de rumbo, nadando paralelamente a la costa.

Decididamente descendió por la suave pendiente. El brazo izquierdo le molestaba mucho, pero tenía que soportar el dolor costase lo que costase si quería hacer algo por Parry.

Éste seguía nadando a cierta distancia de la costa, pero era evidente que los forajidos le impedirían tomar tierra.

—Vete hacia Espalmador —gruñó Arenas.

Estaba seguro de que Parry había pensado en aquello, pero no lo estaba menos de que no haría tal cosa para no dejarle solo en el islote, frente a aquellas alimañas.

La única solución era enfrentarse con ellas y procurar resistir hasta la llegada de los refuerzos, cosa que no tardaría en suceder.

Arenas se emboscó detrás de una roca, muy cerca de la orilla. A su derecha, los cinco forajidos se acercaban velozmente. Más allá, Ferath acababa de alcanzar la playa y se disponía a hacerse a la mar

en el bote de remos.

Julio lanzó una maldición y empuñó con firmeza la pistola.

IX

C

UANDO los forajidos se encontraban a diez pasos de distancia comenzó a disparar vertiginosamente, manteniendo la espalda pegada a la roca.

Los rufianes marchaban en tropel, mirando a Parry, que nadaba tranquilamente, tratando de economizar fuerzas, cuando de pronto se vieron detenidos por un muro de balas.

Uno de ellos cayó al suelo con la cabeza destrozada. Otro lanzó un aullido de dolor y, mientras Julio arrojaba la pistola al suelo y sacaba otra del bolsillo del pantalón, saltó con los otros tres al refugio de las piedras inmediatas.

Julio volvió a disparar, pero los proyectiles se perdieron en el aire. Inmediatamente emprendió la fuga siguiendo el borde del agua, que se estrellaba contra las rocas a sus pies.

—Parry —chilló—. ¡Aquí!

El americano torció su rumbo, nadando vigorosamente hacia él. Julio se volvió hacia sus enemigos y les hizo frente tendido en el suelo.

Sabía que su situación no podía ser más precaria, pero si lograba contenerlos dos o tres minutos, serían suficientes para que su compañero lograra alcanzar la orilla.

En la bahía, Ferath forzó el ritmo de sus remadas. Una rabia

sorda le invadía y sólo pensaba en acabar con aquellos dos hombres causantes de sus desdichas.

Parry nadó con brío hacia la costa. Ante Julio, los cuatro forajidos se desplegaron en abanico y uno de ellos comenzó a trepar por la suave pendiente.

—Si me domina desde la altura estoy perdido —rezongó Arenas.

Se arrastró a su vez hacia arriba y miró rápidamente hacia atrás, comprobando que Parry estaba a treinta yardas de las rocas.

En aquel momento, uno de los forajidos inició una veloz carrera, intentando infiltrarse entre la costa y el agente español, que protegía a su compañero.

Arenas se hincó de rodillas en el suelo y descargó contra él media docena de proyectiles en rápida sucesión. El forajido se detuvo de pronto, resbaló sobre una roca y cayó al agua, que se tiñó con su sangre.

Parry hizo un último esfuerzo y logró alcanzar la costa, detrás de Arenas, mientras Ferath remaba furiosamente.

El americano emergió ante Arenas y se arrojó al suelo, al mismo tiempo que varios proyectiles silbaban sobre su cabeza.

Con gran sorpresa por parte de Julio, el yanqui no hizo intención de reunirse con él, sino que cruzó por detrás a paso de carga, perdiéndose al otro lado de la pendiente, perseguido por varios proyectiles.

—¿Dónde demonios irá? —se preguntó.

Si lo que intentaba Parry era conseguir la división de los forajidos, lo consiguió plenamente. Sólo uno de ellos quedó frente a Arenas, mientras los otros dos retrocedían, emprendiendo su persecución.

El yanqui tenía un objetivo bien definido: había perdido sus armas mientras nadaba, hacia la costa y era preciso emplear la astucia si quería tener algunas probabilidades de éxito.

En el arranque del sendero se detuvo y miró hacia atrás. Dos de los forajidos ascendían rápidamente hacia él. Parry avanzó unos pasos y se ocultó detrás de una piedra, agazapándose contra ella.

Los dos hombres no tardaron en llegar. Oyó el ruido de sus pisadas y sus excitadas voces, y su mano derecha sé crispó sobre un guijarro redondeado de grueso tamaño.

Los dos hombres pasaron ante él, uno detrás de otro, separados

por corta distancia.

Parry se incorporó a la espalda del último, movió rápidamente el brazo derecho y el guijarro salió disparado con la fuerza de un proyectil, golpeando al forajido en la espalda.

Mientras caía al suelo lanzando un aullido de dolor, Burger saltó a su lado, arrancándole la pistola de la mano y volvió sobre sus pasos.

El otro rufián disparó sin alcanzarle. Parry no se detuvo a mirar hacia atrás y corrió hacia el punto donde se encontraba Arenas.

El español retrocedía a lo largo de la costa para evitar que Ferath desembarcase a su espalda.

—¡Animo, Julio! —gritó Parry.

Sólo faltaban algunas yardas para que Arenas alcanzase la punta que, con la opuesta, formaba el estrecho que daba paso a la bahía. Una vez allí el mar, extendiéndose a su espalda, le impediría seguir retrocediendo.

Mientras corría pendiente abajo, sin preocuparse de otra cosa que no fuese llegar a su lado, Parry advirtió al forajido que hacía frente a Arenas, agazapado entre las piedras.

Se arrojó al suelo y esperó.

El rufián, al comprobar que Arenas continuaba retrocediendo, abandonó su refugio, avanzando con precaución.

En el mar, Ferath se disponía a saltar a tierra, mientras Arenas acababa de alcanzar el extremo de la punta, donde se parapetó, dispuesto a vender cara su vida.

En aquel momento, Parry se puso en pie, disparando con la rapidez de un relámpago.

El forajido que avanzaba hacia Julio se retorció como una sabandija al encajar la media docena de proyectiles y se derrumbó en el suelo, muerto antes de que su rostro chocase contra las rocas.

Parry cogió su pistola. Oyó silbar junto a su cabeza un par de proyectiles y, al mirar hacia arriba, divisó las siluetas de los otros dos rufianes.

La partida estaba bastante igualada y sonrió para sus adentros. Ferath, acobardado, saltó de nuevo a la lancha y movió los remos con rapidez, poniendo rumbo hacia la playa.

Parry le vio hacer señas a los otros dos, que le volvieron la espalda, corriendo a reunirse con él.

—Abandonan la partida —murmuró Parry—. ¡Arenas! —gritó.

Julio no tardó en encontrarse a su lado. Los dos hombres se miraron y una espontánea carcajada partió de sus labios.

—La suerte no nos ha abandonado —dijo Arenas.

No era sólo la suerte la artífice de su victoria, sino también su valor, el desprecio con que hacían cara a la muerte y su decisión de perecer, si preciso fuera, defendiendo la ley.

—¿Los vamos a dejar que se fuguen? —preguntó Parry.

—Me estaría escociendo toda la vida si lo consiguen —replicó Julio—. ¿Cómo estás de munición?

Parry abrió la pistola que acababa de arrebatarse al forajido que yacía a sus pies.

—Hay cuatro proyectiles —dijo.

—Yo tengo otros cuatro —replicó Arenas—. De ellos sólo dos están armados.

—Uno solo —replicó Parry—. Al otro lo desarme yo. Le di con una piedra —rió de buena gana—. Como en los tiempos primitivos.

Ferath llegó a la playa y los dos rufianes se reunieron con él, pero, con gran sorpresa por parte de los agentes, no saltaron al bote, sino que penetraron entre las rocas.

—Espera, Julio —dijo Parry—. No me gusta nada esto. Lo lógico es que intenten huir en el bote.

—Mira —replicó el español—. Ya están ahí otra vez.

En lugar de ocupar el bote, los tres forajidos avanzaron hacia ellos, lentamente.

—¿Qué tal andas de la vista? —preguntó Parry—. O mucho me equivoco o ahora están armados los tres.

—Sí —suspiró Julio—. No tardarán en estar encima de nosotros. Y Pedro no acaba de llegar nunca.

Los forajidos se detuvieron. Un fusil ametrallador dejó oír su fúnebre cántico ante los agentes, y una docena de proyectiles se estrellaron contra las rocas.

—¿De dónde demonios habrán sacado ese arma? —preguntó Arenas.

—Debían de tenerla en el campamento —suspiró Parry—. Sea como sea...

Una nueva andanada regó las rocas a su alrededor. Esquirlas de piedra saltaron en todas direcciones.

—No asomes la cabeza —masculló Arenas—. Tratan de averiguar por dónde estamos.

Uno de los forajidos se encaramó en una roca. Los dos agentes permanecieron inmóviles, pero aquél debía tener vista de águila, pues se apresuró a descender de su observatorio.

La tercera andanada del fusil ametrallador fue más certera. Un proyectil explotó contra las rocas ante el mismo rostro de Parry, que sintió su frente cortada por una afilada esquirra rocosa.

La sangre le corrió por el rostro. Se taponó la herida con un mojado pañuelo y masculló:

—Parece que la suerte...

Una descarga cerrada le interrumpió. Sobre el tronar de las pistolas de los dos forajidos, se impuso el isócrono ladrido del fusil ametrallador y ambos encogieron los cuerpos hasta lo inverosímil.

—Mira —chilló Arenas—. Estamos listos...

El tipo que manejaba el fusil estaba de pie en la cima de la pendiente, disparando sin cesar contra ellos. Las andanadas les obligaban a mantener la cabeza escondida, mientras los otros dos forajidos ganaban terreno hacia el refugio.

—Bueno, compañero —suspiró Parry—. Éste es el fin. Si no llega Pedro...

Un proyectil se incrustó en su muslo derecho. Otro alcanzó a Arenas en el embotado brazo herido, arrancándole un rugido de dolor.

—Será un milagro que salve este brazo —masculló.

Parry pensó que ya lo tenía perdido a causa de la primera herida, pero no dijo nada. De pronto, notó un topetazo en la cabeza y se hundió en las tinieblas. Julio miró hacia él y vio surgir un hilo de sangre entre los cabellos.

—¡Canallas! —masculló.

El dolor le atenazó la mano al empuñar la pistola de Parry. Ante él se alzó uno de los forajidos, sonriendo siniestramente. Arenas vio surgir ante él un fogonazo y presa de una furia indómita y destructora apretó el gatillo una y otra vez hasta que las fuerzas le abandonaron.

Cayó al suelo junto a Parry, mezclándose su sangre con la del americano. Ninguno de los dos se movía cuando Ferath se alzó al otro lado de la roca, con una pistola en la mano.

El árabe lanzó un escupitajo sobre los inmóviles cuerpos de ambos agentes. Dudó un segundo y al fin se inclinó sobre ellos.

En aquel momento una especie de cañonazo formado por una centena de disparos resonó arriba.

Ferath alzó los ojos. El tío que empuñaba el fusil ametrallador giró en redondo sobre sí mismo, soltó el arma y rodó por la pendiente.

Pedro y cuatro hombres más, vestidos con uniformes verdes, surgieron a su lado. El árabe, enloquecido apuntó con su pistola a la cabeza de Arenas y apretó el gatillo.

El percutor cayó en el vacío, pero Ferath no desistió de sus propósitos y se apoderó del arma caída de la mano de Parry.

El fusil ametrallador volvió a sonar arriba, pero esta vez era el propio Pedro quien lo manejaba. Otro fúsil unió su ladrido al del forajido y Ferath saltó hacia atrás como impulsado por el manotazo de un gigante.

Su salto inverosímil terminó encima de una piedra, donde quedó retorcido en extraña postura, mientras se desangraba por media docena de heridas.

Pedro, Vicente y los otros tres carabineros corrieron pendiente abajo.

Una lágrima apareció en la maciza mejilla de Pedro al contemplar los cuerpos de aquellos valientes. Sus labios temblaron y no acertó a murmurar una sola palabra.

Vicente y el cabo se inclinaron sobre ellos. El dueño La Sabina se incorporó con rapidez.

—Viven los dos —dijo.

Aquellas palabras de esperanza hicieron surgir a Pedro de su letargo.

—Tenemos que sacarlos de aquí rápidamente —dijo—. Coge de ahí —ordenó a uno de sus compañeros, tendiéndole un extremo del fusil.

Entre Vicente y el cabo sentaron a Julio en el fusil, pasando sus brazos por detrás de los cuellos de Pedro y el otro carabinero que soportaba la improvisada camilla.

Los dos hombres ascendieron la pendiente. La cabeza de Arenas pendía sobre su pecho y Pedro sentía acudir una lágrima a sus ojos cada vez que lo miraba.

—Ha sido culpa nuestra —murmuró con voz ronca—. Hemos tardado demasiado. Esa maldita avería...

Detrás de ellos, el cabo y Vicente conducían a Parry de la misma manera.

La motora de los carabineros estaba atracada junto a unas rocas. Los cuerpos de ambos agentes fueron trasladados a ella y colocados sobre la cubierta, donde permanecieron inmóviles, como muertos.

—Vamos, Pedro —ordenó el cabo—. Lléalos a La Sabina y avisa inmediatamente al médico. Yo me quedo aquí con Ramón para recoger esos cadáveres y hacer el atestado.

Pedro no se hizo repetir la orden. Puso el motor en marcha y la gasolinera se apartó de la costa, atravesando velozmente el brazo de mar que separaba Espardell de Espalmador.

Todo estaba terminado, pero, si no se daban prisa, aquellos dos valientes no vivirían el tiempo necesario para saborear su triunfo.

Cruzaron ante Espalmador y Formentera. En la playa de Las Sabinas había algunos bañistas, que los saludaron agitando los pañuelos, sin que, por primera vez, encontrasen respuesta.

La gasolinera saltaba sobre las aguas, cruzando velozmente la bahía, en la cual no estaba ya el barco que cargaba sal.

Cuando llegaron al atracadero encontraron multitud de brazos dispuestos a colaborar y unos minutos más tarde ambos agentes reposaban en sendos lechos de la pensión de Vicente.

Parry fue el primero en abrir los ojos. Parpadeo repetidas veces y se pasó la lengua por los labios resecos.

Carmen acercó a su boca un vaso de agua, sosteniéndole mientras bebía con avidez. Parry dejó caer la cabeza sobre la blanca almohada, cerró de nuevo los ojos y apretó la mano de la muchacha, que sintió sus ojos arrasados por las lágrimas.

El doctor les hizo a ambos un reconocimiento completo y se volvió hacia Pedro y Vicente.

—Éste está muy grave —dijo señalando a Julio—. Habrá que amputarle un brazo. Necesita una transfusión y no tengo sangre.

—¿La habrá en Ibiza? —preguntó Pedro.

—Sí... Desde luego.

—Yo iré a buscarla —se ofreció el carabinero—. Estaré de regreso dentro de dos horas, aunque tenga que reventar la motora. Doctor —agregó—. ¿No puedo llevármelo? Se ganaría tiempo y...

—Tal vez usted tenga razón —repuso el médico—. Yo iré con ustedes. Volveremos pronto —dijo a Carmen—. Mister Parry no precisa por ahora mis cuidados. Sigán al pie de la letra mis instrucciones y no se preocupen.

Rápidamente fue improvisada una camilla, donde fue colocado el cuerpo de Arenas, cuyo rostro estaba cada vez más pálido.

Así lo transportaron al embarcadero y, sin quitarlo de la camilla, fue dejado sobre la cubierta de la motora, que puso inmediatamente rumbo a Ibiza, conducida por Pedro.

Dos días después, Parry se encontraba muy repuesto de sus heridas y se trasladó a la terraza, apoyado en el hombro de Carmen, que cuidaba de él como una enfermera ejemplar.

Allí, sentado en una mecedora, de cara al mar, Parry entrecerró los ojos y aspiró profundamente el aire, sintiendo penetrar de nuevo la vida en su maltrecho cuerpo.

Algunas muchachas francesas le sonrieron con simpatía. Danielle se acercó a ellos y preguntó a Carmen:

—¿Se sabe algo de Julio?

—Está mejor —repuso la muchacha—. Le han amputado un brazo, pero los médicos confían en salvarle la vida.

—¡Qué horror! —exclamó la francesa—. ¿Cuándo... se puede ir a verlo?

—Nosotros iremos dentro de tres o cuatro días, cuando Parry esté mejor —repuso Carmen.

—¿Podré... acompañarles?

—Desde luego —afirmó Carmen, contemplando perpleja a Danielle.

Se estaba preguntando si sería cierto que la francesa estaba realmente enamorada de Julio.

Cinco días más tarde, los tres, acompañados de Vicente y Pedro, subieron a la golondrina que enlazaba Formentera con Ibiza.

A las diez de la mañana desembarcaron en el puerto, junto al vapor «Ciudad de Ceuta», qué partía para Alicante, y se encaminaron hacia la clínica donde Julio se encontraba hospitalizado.

El agente español tenía aún el rostro vendado. Su mano derecha jugueteaba nerviosamente con las ropas de la cama.

Los ojos de los cinco se posaron en su hombro izquierdo, cuya

manga del pijama colgaba laciamente, sin contenido alguno. Julio sonrió con amargura.

—Os lo han dicho, ¿verdad?

—Sí —repuso Parry con voz ronca—. Lo siento.

—Son gajes del oficio —replicó Arenas.

Estrechó largamente la mano del americano y sonrió a Danielle.

—Hola, «chèri» —dijo—. Te agradezco que hayas venido.

Tembló una lágrima en los ojos de la francesa al apretar la mano del herido.

—Jules —murmuró—. Estoy orgullosa de ser tu amiga...

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Julio a Parry.

—Cuando esté completamente bien. Dentro de ocho o diez días —replicó el americano—. Julio, Cuando te cures quiero que vayas a mi país. Mis padres se alegrarán de conocerte. Pasarás allí unos días inolvidables.

—¡Alto! —exclamó Danielle—. Primero vendrá a París, ¿no es así, Julio? Te acompañaré a todas partes y...

Julio Arenas sonrió. Intentó echarlo a broma, pero estaba conmovido.

—Vaya —dijo—. Tienen que cortarle a uno un brazo para que le hagan todos estos ofrecimientos.

Quedó muy confortado con su visita. Danielle se negó a regresar a Formentera y se quedó en Ibiza.

—Quiero verle todos los días —explicó.

Los despidió en el muelle. Cuando la golondrina se encontró en alta mar, Parry se acercó a Carmen, pasándole una mano sobre los hombros. La muchacha volvió hacia él su dulce rostro, en el cual brillaba una sonrisa deslumbrante.

—Pienso en Danielle y en Julio —dijo—. ¿Crees que se han enamorado?

Parry se encogió de hombros.

—No lo sé —repuso—. Pero sí sé que yo te amo a ti con toda mi alma. Carmen, ¿por qué no nos casamos antes de... de que tenga que marcharme?

—Tendremos que decírselo a mi padre —repuso la muchacha con voz temblorosa—. Ha sido todo tan rápido.

Parry la estrechó contra su pecho.

—Luego hablaré con él —afirmó.

Carmen reclinó la cabeza en su hombro.

Estaban de pie a proa, junto al palo que sostenía la enorme vela, recogida en aquel momento. A su espalda, Vicente fumaba parsimoniosamente, mientras el patrón de la barca, sentado sobre la puerta de la sentina, manejaba el timón con los pies descalzos.

—¡Eh, Vicente! —dijo—. Mira.

Señaló a la pareja y sonrió.

—O mucho me equivoco o pronto dejaremos de ver a Carmencita por aquí —dijo en dialecto balear.

Vicente, afirmó con la cabeza.

Él también estaba seguro de que su hija no tardaría en dejarle para acompañar a aquel mocetón yanqui. La pena le corroía las entrañas, pero encontró fuerzas para decir filosóficamente:

—¡Qué vamos a hacerle, Roquet! El caso es que sea para... su bien.

Se puso en pie y miró hacia el mar, dando la espalda a Roquet, para que éste no pudiese ver las lágrimas que se escaparon de sus ojos.





**Toda la violencia de una época,
donde un revólver creaba ley,
forjó a los hombres que habían
de conquistar la inmortalidad
para ella.**

OESTE

La MEJOR colección entre todas.

EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

Seis pesetas

EDICOLOR, S. A. — Madrid-1961

NOTAS

[1] Véase *Un muerto en mi cama*, del mismo autor núm. 516 de esta colección. < <